



ESFINGE

conocimiento · reflexión · diálogo

Revista digital n.º 122 Enero 2023

La palabra como símbolo

Si morimos (Pablo Milanés)

La peste como plaga y como enfermedad

El prójimo del siglo XXI: Emmanuel Lévinas

Los elementales y los mitos nórdicos

Las mil caras de la violencia

Göbleki Tepe, una civilización que nos deja muchas preguntas

SUMARIO



4

LA PALABRA
como símbolo



13

Si morimos
PABLO MILANÉS



16

LA PESTE
como plaga y
como enfermedad

30



El prójimo del
siglo XXI:
EMMANUEL
LÉVINAS



32

LOS ELEMENTALES
y los mitos nórdicos



Las mil caras
de la
VIOLENCIA 44

51

GÖBLEKI TEPE:
una civilización que nos deja muchas preguntas



ESFINGE
conocimiento • reflexión • diálogo

Revista digital n.º 122 Enero 2023
www.revistaesfinge.com

MESA DE REDACCIÓN:

Delia Steinberg Guzmán, directora
M.ª Dolores F.-Fígares, subdirectora
Fátima Gordillo, coordinadora
Miguel Ángel Padilla, mesa editorial
Elena Sabidó, redacción y archivo
Juan Carlos del Río, *webmaster*
Gabriele Ruskenaitė, edición de contenidos
Esmeralda Merino, estilo y corrección
Lucía Prade, suscripciones y redes sociales

Esfinge es una revista publicada por la EDITORIAL NA, impulsada por la Escuela de Filosofía de la Organización Internacional Nueva Acrópolis en España, para promover el conocimiento, la reflexión y el diálogo, como medios que proporcionen, en estos tiempos convulsos, herramientas válidas para el respeto y la convivencia de los seres humanos entre sí y con su entorno.

La opinión vertida por los autores de los artículos, no ha de ser estrictamente la misma de la mesa editorial.





Lo que dicen las palabras

En Esfinge aparecen con frecuencia el mundo de los significados y lo que se suele denominar como universo simbólico, un campo de estudio que desborda el trabajo de la filología. Parece que olvidamos que el de los símbolos constituye un lenguaje que designa realidades complejas.

Quizá el problema de la falta de comprensión mutua entre los seres humanos se debe a que no compartimos los mismos significados para las palabras que utilizamos. Ni nos ponemos de acuerdo sobre lo que queremos decir. Esta regla elemental para iniciar y establecer un diálogo se olvida o se desconoce, a pesar de que Sócrates y Platón nos muestran la necesidad de acordar los significados previamente a la discusión sobre las cosas y las ideas.

Probablemente, la creciente tensión que afecta a las relaciones en tantos lugares de la tierra podría atenuarse si fuéramos capaces de cumplir esta regla fundamental para la convivencia.

Uno de nuestros colaboradores, el profesor Faramiñán Gilbert, nos ha ofrecido un interesante trabajo que analiza estos procesos de la comunicación humana y llama nuestra atención sobre la necesidad de cuidar nuestros lenguajes, los que utilizamos en las distintas facetas de nuestra vida. En ellos se guardan los nombres de las ideas, de los anhelos, de las imaginaciones, es decir no solo las cosas que pueblan el mundo físico.

Y las palabras no están conformadas solamente por letras que evocan determinados sonidos, sino que son capaces de acercarnos incluso a realidades sublimes.

El Equipo de Esfinge

LA PALABRA como símbolo

Juan Manuel de Faramiñán Gilbert

Soy consciente de que no se trata de un tema sencillo, pero, de todas maneras, voy a abocarme a realizar algunas reflexiones que puedan servir como campo de pruebas y estudio sobre un tema tan apasionante como es el de la metafísica de la palabra.

Deseo comenzar esta disertación partiendo de la base de que la estructura del lenguaje ha generado numerosas tesis sobre el alcance de las palabras y preguntarnos en qué medida la palabra es un símbolo. Entendemos que un símbolo es un signo que establece una relación de identidad con una realidad, generalmente abstracta, a la que evoca y representa. Según la Real Academia Española, el símbolo es un elemento u objeto material que, por convención o asociación, se considera representativo de una entidad, de una idea, de una cierta condición, como, por ejemplo, la bandera puede entenderse como un símbolo de un Estado o de un club, o la paloma blanca como símbolo de la paz.

Ampliando esta idea, puede entenderse como una figura retórica de pensamiento por medio de la cual una realidad o concepto, normalmente de carácter anímico, se expresa a través de una representación, por lo que el concepto simbólico se manifiesta en el concepto real que se estructura en el símbolo.

Por tanto (como se expresa en el *Glosario teosófico*¹), entendemos por simbolismo la expresión pictórica de una idea o un pensamiento. En este sentido, la escritura primitiva no tenía en sus comienzos caracteres, sino símbolos que representaban toda una frase o sentencia.

Digamos que el símbolo es, pues, una parábola registrada, y la parábola, un símbolo hablado.

1 H. P. Blavatsky, *Glosario teosófico*, Ed. Kier, Buenos Aires, 1977.

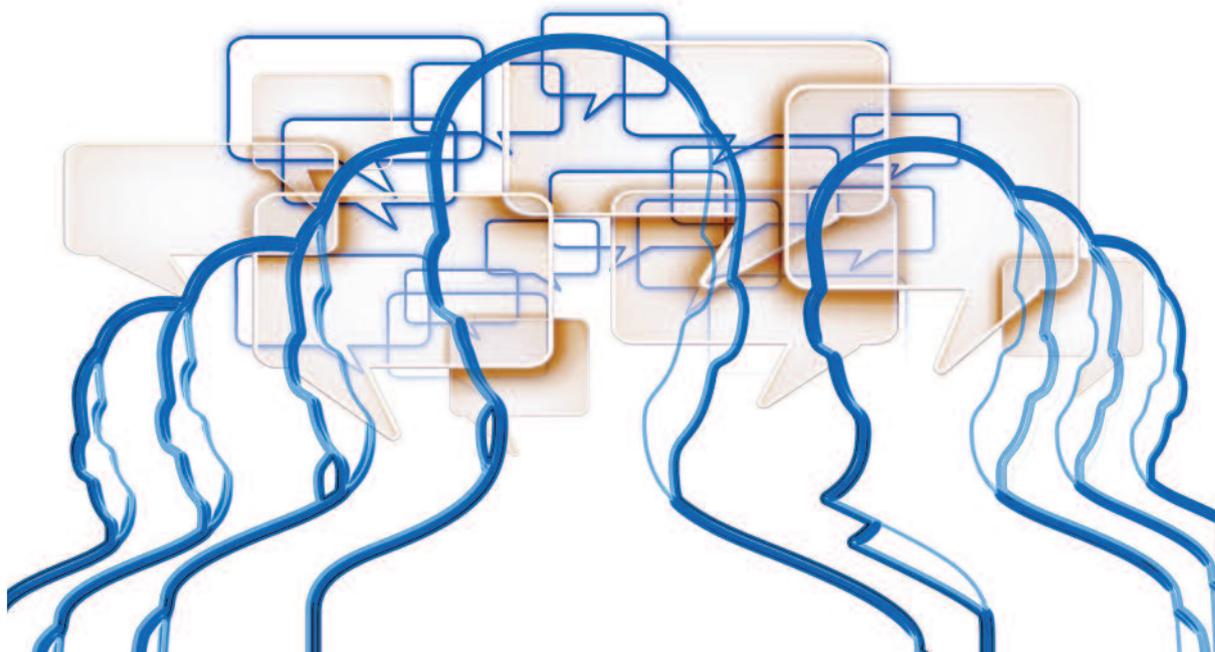
De este modo, la escritura china o japonesa de los *kanjis* o los jeroglíficos egipcios, es una escritura simbólica en la que cada uno de sus pictogramas es un símbolo.

A partir de esta idea podemos preguntarnos: ¿hasta qué punto las palabras representan más de lo que habitualmente se considera?

Esta pregunta no es nueva, dado que ya la encontramos en la polémica que enzarzó a escuelas de pensamiento sobre la naturaleza del lenguaje durante la Edad Media con relación al estatuto metafísico de las palabras.

En este sentido, Jeremy Naydler señala que «los protagonistas de esta disputa son conocidos como *realistas* y *nominalistas*. De tal modo que los realistas afirmaban que la palabra que utilizamos para denotar una cosa expresa la verdadera esencia de la cosa y esa esencia tiene una realidad espiritual, opuesta a la realidad física»². Para los realistas, la esencia de un objeto físico es aprehendida por la mente humana en el concepto que se forma de ese objeto, de tal modo que el objeto formado en la mente está enraizado en el mundo psíquico, mental o espiritual al que pertenece la esencia del objeto. Así, este concepto se expresa, como consecuencia, en el nombre dado a la cosa.

Frente a la teoría de los realistas y opuesta a ella, se planteaba la teoría de los nominalistas, que se opusieron radicalmente a esa «realidad de las ideas». Para ellos, las palabras son meros sonidos vacíos sin ninguna referencia intrínseca a las cosas, y mucho menos a conceptos espirituales como las esencias y, por tanto, consideraban que las palabras no tenían ningún significado intrínseco. Para esa corriente de pensamiento, las palabras se aplican a las cosas con un mero sentido instrumental y por conveniencia de los seres humanos que las utilizan, por lo que nuestros conceptos y las ideas no se reflejan a través de las palabras y, por tanto, no captan nada de la esencia espiritual de los objetos, sino que se aplican de manera arbitraria o sobre la base de convenciones humanas que nada tienen que ver con la naturaleza interior de las cosas en sí mismas.



2 J. Naydler, *El templo del cosmos. La experiencia de lo sagrado en el antiguo Egipto*, ed. Atalanta, Girona, 2019, p. 217.

Como nos recuerda Jeremy Naydler, «ni que decir tiene que la visión de los nominalistas ganó la batalla y, desde entonces, se ha afirmado profundamente en la mente occidental»³, con un sesgo de interpretación materialista y negando todo significado a las palabras como contenedoras de ideas o arquetipos y, por tanto, negando cualquier referencia a su carácter simbólico.

El pensamiento oriental, en cambio, resulta mucho más elástico y omnicomprendivo y nos permite romper los moldes anquilosados de un pensamiento trasnochado como el de los nominalistas. Resulta interesante el concepto del término sánscrito *Krâm*, que como tal representa un símbolo tántrico correspondiente a la idea de la mente humana que ha sido capaz de rebasar los límites ordinarios de lo invisible. Los antiguos filósofos tántricos «tenían símbolos para designar casi todas las ideas. Esto era absolutamente necesario para ellos, porque entendían que, si la mente humana estuviese fija en un objeto cualquiera con suficiente fuerza durante cierto tiempo, era seguro que por el poder de la voluntad alcanzaría dicho objeto»⁴.

Tengamos en cuenta que en el pensamiento tibetano existe el concepto de *Kriyâ-zakti*, término sánscrito que nos habla del poder del pensamiento. Se le entiende como un misterioso poder de la mente que, en virtud de su propia energía inherente, le permite producir fenómenos externos perceptibles, muy estudiado por la doctrina de los yoguis. Estos ascetas consideraban que una idea cualquiera se puede manifestar exteriormente si la atención y la voluntad de la persona se encuentran profundamente concentradas en esa idea. Dicho de otro modo, una volición intensa será seguida del resultado apetecido.



³ *Ibidem*, p. 218.

⁴ H. P. Blavatsky, *Glosario teosófico*, cit.



Tengamos en cuenta la íntima relación existente entre el sonido y la palabra que se expresa a través de ese sonido. Tal como se estudia en Oriente, el *mantram*⁵ es una invocación que, al generar un sonido en el mundo físico, según se entiende por los ascetas orientales, despierta un sonido correspondiente en los planos sutiles e incita a la acción a alguna fuerza natural que yace, en principio, oculta. Estos sonidos contienen vocales cuya formulación genera grimorios que despiertan centros energéticos latentes.

Por tanto, mi planteamiento en esta disertación es darles a las palabras el símbolo y el contenido esencial que les corresponden y que cierta deriva negacionista ha intentado dejar sin sentido y contenido a la fuerza del lenguaje.

Volviendo a Occidente, Fritz Mauthner, cuando analiza la lógica del lenguaje, considera que la idea de que existe esa cosa que llaman lógica, en el sentido de algo universal e inmanente a todos los lenguajes, es otra reificación, es decir una cosificación, ilegítima. Apunta que la creencia en tal cosa, aun cuando parezca incluir un cuerpo de conocimientos, es superstición, ya que «todo lo relativo al pensamiento es psicológico y solo el esquema de nuestro pensamiento es lógico»⁶. Dicho de otro modo, en román paladino, hemos cosificado las palabras dentro de una lógica estrictamente estructural y nos olvidamos y no tenemos en cuenta que el pensamiento pertenece al ámbito de lo psíquico y, de algún modo, se refleja en las palabras.

Para Mauthner, se hace necesario volver a releer a los clásicos y siente nostalgia por los orígenes pitagóricos del conocimiento. Recuerda a Ludwig Wittgenstein cuando señala, en su *Tractatus Logico-Philosophicus*, que «la filosofía es teoría del conocimiento. La teoría del conocimiento es crítica del lenguaje. La crítica del lenguaje es, empero, el esfuerzo que patrocina la idea liberadora de que los seres humanos nunca lograrán ir más allá de una descripción metafórica del mundo, ya utilicen el lenguaje cotidiano, ya el lenguaje de la filosofía»⁷.

5 H. P. Blavatsky, *Glosario teosófico*, cit.

6 F. Mauthner, *Beiträge zu einer Kritik der Sprache*, 3 vol. Stuttgart, ed. Cotta, 1901.3.; Vol. III, p. 397.

7 Wittgenstein, L., *Tractatus lógico-philosophicus*, ed. Biblio-bazaar, 2021.



La cárcel de las palabras

En definitiva, siento la sensación de que nos movemos en la cárcel de las palabras, encerrando los discursos con estructuras vacías de contenidos esenciales, haciendo de las palabras meros objetos cosificados. A mi entender, toda palabra es un símbolo y encierra un concepto que puede despertar la imaginación en nuestra psique cuando la verbalizamos con esa fuerza *mantrámica* de la que nos hablan en Oriente. Pero también en Occidente, cuando en el Génesis se dice: «En un principio fue el Verbo..., por medio de él se hizo todo y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho. En él estaba la vida».

Insistiendo sobre los aspectos trascendentes de las palabras, podemos colegir que son una puerta que nos comunica con el mundo de las ideas y de los pensamientos. Podemos aventurar la idea de que las palabras son símbolos enlazados en vocales y consonantes y que, en sus orígenes, los idiomas se vertebraban a través de símbolos ideográficos mucho más efectivos a la hora de traducir un arquetipo, un concepto o una idea.

De ahí la preocupación que existe entre los lingüistas y los filólogos, me refiero a aquellos que se precian y preocupan por el deterioro del lenguaje, dado que en lugar de reconducir las palabras que utilizamos para mejorar la transmisión de las ideas, sintetizamos la estructura lingüística de tal modo que vamos deteriorando y empobreciendo el significado y la esencia interna de las palabras. En esta línea, me manifiesto en la necesidad de recuperar el sentido del lenguaje buscando el entronque con lo sublime.

El lenguaje, tal es la capacidad que poseen los seres humanos para llevar a cabo el sublime ejercicio de la comunicación, representa ese artificio instrumental del que se dotan los seres inteligentes para descender del pensamiento al verbo y de la palabra llegar a las obras. Pensamiento, palabra y obra conforman la tríada de la manifestación de las estructuras vitales. Por tanto, cabe deducirse que el lenguaje no es solo deudor de los conocimientos de la filología, sino también y, podría decirse, sobre todo, de la filosofía.

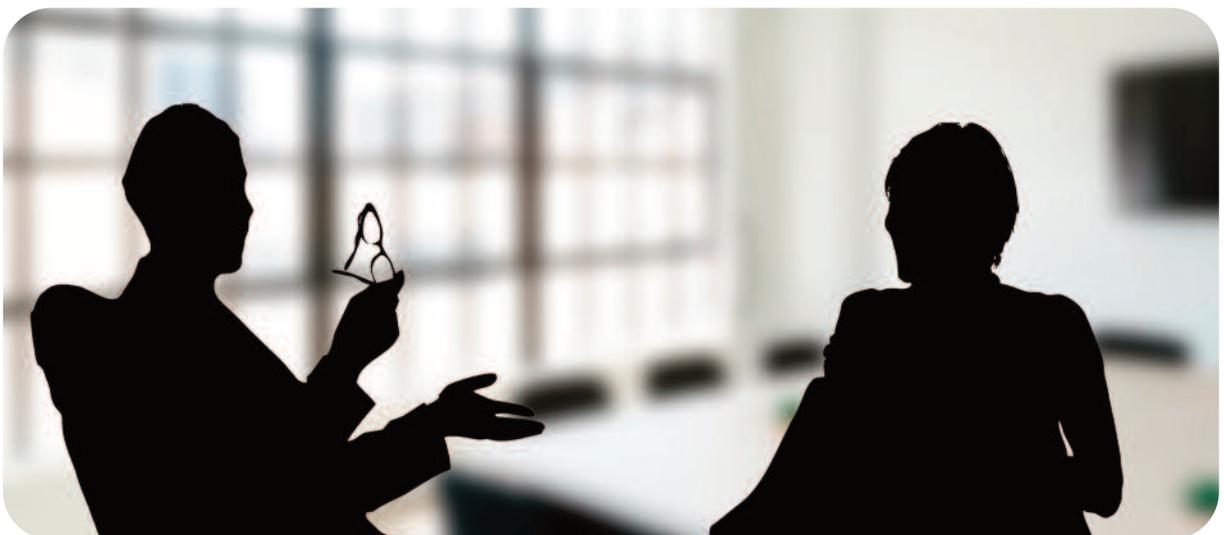
A través del conocimiento filosófico, la especie humana ha intentado descubrir los entresijos de la sabiduría y, según el uso que se haya hecho del lenguaje, este ha permitido cavilar sobre la esencia del saber o, por el contrario, el propio lenguaje le ha llevado a desestructurar el conocimiento.

Es, por tanto, el lenguaje un «arma de doble filo», pues, así como del pensamiento pasamos a las palabras, también, por la vía opuesta, de las palabras pasamos al pensamiento, lo que, en principio, no tiene mayor dificultad, dado que se actúa como vasos comunicantes. No obstante, podemos deducir que de pensamientos abstrusos vendrán palabras incoherentes y el resultado se plasmará en hechos oscuros; y, al contrario, que de pensamientos preclaros surgirán verbos claros y de ellos construcciones sólidas; tanto en sentido descendente del concepto hacia la realización, como ascendente del significado al significante.

Partiendo de estos elementos básicos, el lenguaje, en el ámbito de las realizaciones humanas, se puede tecnificar con el propósito de brindar los elementos prácticos que expliquen y desarrollen la comprensión de determinadas habilidades.

De tal modo, la palabra es trascendente, como podemos comprobarlo en el arte de la dialéctica, que nos lleva al arte de la oratoria que con tanta claridad ha reflejado Platón en sus *Diálogos*. Estas artes, no solo nos otorgan los medios oportunos para el ejercicio de la palabra, sino que, sobre todo, nos enseñan a pensar. Cuando las palabras se gestan en nuestra cavidad bucal, lo que están realizando es la construcción de ideas sonoras. Estas ideas han sido concebidas inicialmente en nuestra mente y, por medio de nuestra inteligencia, les damos la forma necesaria a través del lenguaje⁸.

Es en nuestro cerebro donde organizamos el desarrollo del discurso y, según la capacidad con la que logremos estructurarlo, así será luego el resultado en la dicción verbal. Por ello resulta tan importante aprender, primero, a pensar con lógica y coherencia. Nuestra mente se encuentra sujeta al juego de la vida y a las tensiones que



8 J. M. de Faramiñán Gilbert, *Oráculo verbal: sobre el arte de la palabra (Técnicas de oratoria clásica y moderna)*, con prólogo de José Antonio Marina, presentación de Juan Gómez Ortega, rector de la Universidad de Jaén, y proemio de María Luisa del Moral Leal, vicerrectora de la Universidad de Jaén. Editorial UJA, Colección Aprende-Académica, Jaén, diciembre 2018, pp. 52 y ss.

ocasiona el ejercicio cotidiano de la existencia y, en la sociedad contemporánea, al barullo vital que ocasionan la prensa, las redes sociales, el consumo y las necesidades perentorias, que generan en nuestra psique desconcierto y distracciones. Ello nos impide pensar con serenidad y, como consecuencia, hablar con sensatez. Corremos el peligro de hablar a borbotones, pues pensamos también a borbotones y carecemos de la capacidad y el tiempo para ordenar nuestras ideas.

Por ello, los ejercicios de la oratoria nos inducen a desarrollar reglas y modelos de pensamiento, y nos obligan a retener nuestras palabras, con el fin de que, como si de un corcel se tratara, podamos coger las riendas y conducirlos; ya sea al paso, al trote o al galope, pero siempre desde el control de nuestro pensamiento, es decir, desde el jinete de la mente.

Debemos recuperar la serenidad interior, que es el verdadero tesoro de los seres humanos, y aprender a pensar con profundidad para que nuestras palabras sepan reflejar un modo trascendente de entender la vida, que, si bien pudiera parecer nuevo, es en realidad tan antiguo como la especie humana, pero que en el desconcierto en el que se ha sumido la sociedad moderna, nos ha llevado a vivir sin pensar. Como el Epimeteo del mito clásico, actuamos y «hablamos sin antes haber pensado» y así nos va. Deberíamos, siguiendo con el mito, buscar el valor prometeico del pensamiento y de la luz con el que su hermano Prometeo otorgó a los seres humanos la capacidad de pensar.

Por ello, si queremos hablar bien y ejercitarnos como buenos oradores, tenemos que, primeramente, pensar bien y ejercitarnos en ordenar nuestra mente y nuestros pensamientos.

Resulta particularmente explícito Cicerón, cuando indica que «de la misma manera que en las formas y en las figuras, hay algo perfecto y extraordinario, a cuya imagen ideal remite»; y continúa indicando que «a estas formas de las cosas las llama “ideas” aquel profundo autor y maestro, no solo del pensamiento, sino también de la oratoria, que





fue Platón, y dice que ellas no se engendran; afirma que existen desde siempre y que están contenidas en nuestra razón y en nuestra inteligencia; las demás cosas nacen, mueren, fluyen, pasan y no permanecen largo tiempo en un único y solo estado»⁹.

En este contexto se mueven las ideas, que, como nos recuerda Platón, son el reflejo de los arquetipos, donde el buen orador debe recrearse buscando lo sublime sobre las formas pasajeras que se reflejan en las palabras, que reflejan en sus vocablos ideas superiores y son símbolos que les representan.

Nos recuerda Cicerón la importancia de los sonidos cuando, al referirse al arte de la oratoria, nos indica que es una combinación de sonidos, ritmo y palabras que deben congraciarse con el oído. Así pues, «es que el oído, o la mente, advertida por el oído, contiene en sí misma una especie de medida natural de todos los sonidos»¹⁰, que curiosamente se asemeja al efecto *mantrámico* de las palabras, que estudian los ascetas orientales, de tal modo que la mente y el sonido se congracian para crear un discurso armónico que puede asimilarse a una pieza musical que, surgiendo del pensamiento del orador, vaya al pensamiento de los interlocutores y envuelva al auditorio en una experiencia armónica, interesante y sugestiva.

Recordemos que Platón, en su diálogo *Crátilo* o *Sobre la exactitud de las palabras*, es determinante, ya que engarza la relación de las palabras con las ideas esenciales. En el diálogo se sostiene que el componente fonético de las palabras —vocales, consonantes y mudas— expresa principios o energías universales que se manifiestan en el mundo natural¹¹. De tal modo que toda la naturaleza puede ser considerada como sonido

9 Cicerón. (2001). *El orador* (traducción, estudio y notas de E. Sánchez Salor), Libro de Bolsillo, Clásicos de Grecia y Roma (pp. 10-11). Madrid, España: Alianza Editorial, correspondiente a la introducción que realiza Sánchez Salor sobre el texto de Cicerón (p. 30, párrafo 10).

10 *Ibidem* (p. 116, párrafo 178).

11 En estas reflexiones sigo a J. Naydler, *El templo del cosmos. La experiencia de lo sagrado en el antiguo Egipto*, cit. vid: pp. 218-219.

materializado que se puede expresar entre los seres humanos a través del lenguaje. Apunta Platón que existe una relación directa entre los sonidos que pronunciamos y las cosas a las que nuestras palabras se refieren.

Deseo finalizar con Jorge Luis Borges, transcribiendo el comienzo de su poema *El Golem*, que nos inspira sobre el sentido oculto de las palabras y la fuerza que en sí mismas contienen, cuando recita que:

*Si (como afirma el griego en el Crátilo)
el nombre es arquetipo de la cosa,
en las letras de la rosa está la rosa
y todo el Nilo en la palabra Nilo.*

*Y, hecho de consonantes y vocales,
habrá un terrible Nombre, que la esencia
cifre de Dios y que la omnipotencia
guarde en letras y sílabas cabales.*

*Adán y las estrellas lo supieron
en el Jardín. La herrumbre del pecado
(dicen los cabalistas) lo ha borrado
y las generaciones lo perdieron.*

Quizás no sean buenos tiempos para la lírica y, como ya ocurrió en el Medievo, los nominalistas sigan ganando la batalla, insistiendo sobre la idea de que los conceptos no se encierran en la esencia de los objetos. No obstante, me manifiesto a favor de los realistas que consideraron que en las palabras se encierra la realidad de las ideas; y con la inspiración que nos genera este poema, volvamos, pues, a recuperar el sentido de las palabras como símbolos capaces de encerrar ideas arquetípicas.





El movimiento musical conocido como *nueva trova cubana* tiene sus raíces en 1959 con el triunfo de la revolución, aunque su fundación la encontramos en 1972, hace ahora cincuenta años. Son herederos de la tradición juglaresca española y de otras influencias francesas o portuguesas. Estos nuevos trovadores destacaron por el contenido social de sus letras y siempre teniendo al ser humano como principal protagonista.

Aunque se les conoce sobre todo por el trasfondo político de sus composiciones, también el amor y los acontecimientos cotidianos que afectan al ser humano adquieren un protagonismo esencial.

Generalmente, se cita a Silvio Rodríguez, Noel Nicola y Pablo Milanés como los fundadores de este movimiento, esencial para entender la música de lo que conocemos como cantautor, tan en boga en España en los últimos años de la dictadura y en el periodo de transición hacia la democracia.

Dedicamos el espacio de hoy a este último, recientemente fallecido a la edad de setenta y nueve años. Durante su vida, compuso más de cuatrocientas canciones y publicó más de cuarenta álbumes, además de componer música para siete largometrajes y más de treinta documentales y series de televisión.

«Los cantantes de la nueva trova cubana tratamos de expresar un nuevo modo de cantar el amor y la política, las preocupaciones cotidianas, sin concesiones y con autenticidad».

Un álbum importante en su carrera fue el titulado *Querido Pablo*, un disco homenaje grabado con algunos de sus grandes amigos, y en el que participa gente de la talla de Víctor Manuel y Ana Belén, Luis Eduardo Aute y Mercedes Sosa, entre muchos otros.

Aunque su obra está un tanto alejada del estilo propio de este espacio que llamo *filo rock*, considero que es un personaje esencial y de una importancia capital para la música popular. Por otra parte, en las letras de Pablo Milanés, junto a contenidos de tinte político,

encontramos grandes composiciones dedicadas al amor. Posiblemente pocos autores han cantado al amor de una forma más bella que Pablo Milanés en la aclamada *Yolanda*.

«La música es todo para mí, la mejor forma que encuentro para expresarme, la mejor manera de sentir e incluso de pensar. Creo que los músicos contamos con otro lenguaje muy especial, que nos permite comunicar; eso es algo único».

En homenaje a su vida y a su obra he escogido el tema *Si morimos*. En poco más de dos minutos nos regala una bella melodía que acompaña un canto a la fraternidad entre los seres humanos y también a la búsqueda de la felicidad como parte esencial de la vida.

«He conocido el dolor de cerca, demasiadas veces la cercanía de la muerte con mis enfermedades. Y me doy cuenta de que la vida es mucho más sencilla de lo que uno imagina, y la cotidianidad, más valiosa».

Pablo tuvo una vida difícil desde el punto de vista médico: entró veintinueve veces al quirófano, padeció una enfermedad que le provocó el cierre progresivo de la mano y le impidió tocar la guitarra durante varios años.

En 2017 se trasladó a vivir a España para tratarse un tipo de cáncer que afectaba su respuesta inmunológica y que le provocó la muerte en noviembre de 2022.

Considero que es de valientes hablar de felicidad cuando el dolor y las enfermedades nos acechan, lo cual nos lleva a deducir que la tan ansiada felicidad depende del sentido que cada uno de nosotros le encontramos a la vida.

Una vez más recorro a mis queridos filósofos para descubrir qué entienden ellos por felicidad y cómo alcanzarla.

Sócrates decía que la felicidad depende de si nuestras obras están regidas por el bien, y por ello había que buscar la sabiduría.

Los estoicos recogen este pensamiento socrático y aseguran que la felicidad hay que buscarla en las cosas que dependen de uno mismo y no en las circunstancias externas que no dependen de nosotros. La serena felicidad o *eudaimonía* es propia del hombre sabio y está inseparablemente unida a la virtud.

También Aristóteles parece coincidir. Asegura que todos buscamos la felicidad: para algunos, es la búsqueda del placer; para otros, la riqueza o la salud. Sin embargo, la verdadera felicidad es la actividad del alma dirigida por la virtud, y se obtiene por la práctica de la virtud, es decir, que, como la mayoría de las cosas, se aprende practicando.

Es común relacionar la felicidad con la medida en que nuestra vida va recogiendo diferentes éxitos y fracasos. Normalmente la tendencia es alternativa y, junto a periodos de victorias, también encontramos momentos de derrotas. De ahí que, cuando priman los periodos de éxito, solemos hablar de felicidad y, al contrario, hablamos de fracaso cuando las derrotas aparecen en nuestra vida.

Pero ¿qué es triunfar en la vida? Comúnmente se asocia el triunfo con alcanzar una posición económica holgada y también con tener una vida lo más cómoda posible y alejada de todo tipo de preocupación.

Desde el punto de vista de un aprendiz de filósofo, creo que esta posición está bastante alejada de la realidad. Hace algunos años, cuando iniciaba mis pasos en el apasionante

sendero filosófico, escuché una enseñanza que impactó profundamente en mi alma juvenil. Uno de los caminos que conducen a la felicidad reside en tratar de descubrir los secretos de la vida. Cuando somos muy jóvenes, tenemos grandes sueños, nadie quiere ser una persona normal con un trabajo monótono y repetitivo.

¡No! Queremos vivir aventuras, y combatir el mal y la ignorancia para lograr que los seres humanos sean más felices.

¿Qué ocurre? Pues que el tiempo, implacable, va consumiendo nuestros sueños con la ayuda de aquellos que no piensan igual que nosotros y conciben la existencia desde un punto de vista materialista. Nos dicen que lo importante es el prestigio social y económico y que los sueños de juventud no son más que una quimera.

El verdadero filósofo es aquel que nunca renuncia a esos sueños del alma. De ahí que hay que buscar la felicidad en nuestro interior y, a pesar de las dificultades que nos pueda traer la vida en forma de dolores, enfermedades y desengaños, ser capaces, como el protagonista de hoy, de cantarle al amor, a la felicidad y a la fraternidad entre todos los seres humanos.

*Ustedes sonreirán, mis hijos sonreirán
y sobre el verde de la tumba,
cuando triunfemos, el mundo será alegre
y se amarán los hombres en hermandad y paz.
Trabajen y construyan, mis hijos,
y construyan un monumento a la felicidad,
a los valores de la humanidad,
a la fe mantenida hasta el fin,
por ustedes,
para ustedes.*





Desde diciembre de 2019, cuando escuchamos las palabras *epidemia* o *pandemia*, las asociamos inevitablemente a la última de estas plagas que hemos padecido a nivel mundial: la COVID, la cual aún ahora (diciembre de 2022) está dando los que pensamos que son sus últimos coletazos; aunque es difícil afirmarlo con rotundidad.

Desgraciadamente, la infección por el retrovirus SARS-COV-2 no va a ser la última, ni tampoco es la primera pandemia que afectará o ha afectado a la humanidad.

Los seres humanos ya hemos sufrido los desastrosos efectos de numerosas enfermedades infecciosas a lo largo y a lo ancho de nuestra historia conocida; entre ellas, por nombrar solo a algunas, se encuentran el cólera, el tifus, la viruela, la disentería, el SIDA y la peste. Pues bien, es de esta última de la que quiero ocuparme a continuación, exponiendo las terribles consecuencias que su presencia provocó en las distintas civilizaciones humanas a las que afectó desde los tiempos históricos en los que su presencia está documentada.

Si a cualquier persona con un mínimo de cultura en este primer cuarto del siglo XXI le nombramos la palabra *peste*, posiblemente la asociará, de un modo confuso y poco preciso, con una especie de plaga que azotó a la humanidad, sobre todo durante la Edad Media, provocando una gran mortandad; incluso es posible que relacione su propagación con las ratas, pero la inmensa mayoría pensará que es algo que pertenece al pasado, habiendo dejado de ser un peligro para la actual humanidad.

Sin dejar de ser lo anterior verdad, también lo es que se trata de un concepto de la peste que, por ser demasiado simple y general, es incapaz de darnos una visión más aproximada de lo que ha supuesto esta enfermedad en la historia de la humanidad. Precisamente eso, dar una visión de conjunto clara y sencilla, es lo que nos proponemos intentar a partir de ahora. Para ello vamos a dividir la exposición en tres apartados. El primero tratará de la peste en la Antigüedad; el segundo, de la enfermedad a partir de

la Edad Media; y el tercero y último, del conocimiento, ya científico, que tenemos de ella en la actualidad.

Antes de seguir, hay que dejar constancia de dos hechos de considerable importancia. El primero es que la peste constituye la enfermedad que más daño ha causado a la humanidad a lo largo de su historia conocida. Concretamente, se calcula —eso sí, con todas las reservas que estos cálculos conllevan—, que ha acabado con la vida de, al menos, doscientos millones de seres humanos en los últimos 1500 años. Ya solo este dato nos informa de que nos encontramos ante un enemigo al que no debemos desdeñar.

El otro hecho a resaltar es que, aunque se trata de una enfermedad a la que hemos dominado, no es un peligro al que hayamos vencido totalmente. Tanto es así que la OMS (Organización Mundial de la Salud) comunica que se producen hasta 3000 casos anuales de peste en diferentes zonas del mundo. Basta con que se descuiden las más elementales normas de higiene para que de nuevo las ratas y sus parásitos, las pulgas, vuelvan a amenazarnos con extender la terrible enfermedad. Es más, hay que decir que el bacilo de la peste es uno de los gérmenes cuyo uso se contempla en caso de guerra bacteriológica, facilitando su contagio a través de aerosoles.

La peste en la Antigüedad

Con la palabra *peste* o con otras similares, tales como *plaga* o *pestilencia*, se ha denominado, al menos hasta el siglo VI d. C., a una serie de enfermedades de tipo epidémico que han asolado de un modo periódico a diferentes zonas geográficas de nuestro planeta. No siempre se ha tratado de la peste bubónica o neumónica, pues también se cree que estaban producidas por otros gérmenes patológicos para el ser humano, tales como los que provocan el cólera, la viruela, la disentería o el tífus



exantemático. Incluso, en algunos casos, podría tratarse de la mezcla de varios de ellos. Lo cierto es que las descripciones que nos han llegado de ellas no siempre nos permiten averiguar la enfermedad concreta que provocaba la epidemia.

En el *Corpus Hippocraticum* se hace referencia a una fiebre llamada «Loimós». Galeno comentará las características de la constitución pestilencial («LoimósKatástasis») y, a través de él, el término griego traducido al latín como «*Pestis*» (que significa ‘ruina, destrucción, azote, epidemia’) entrará de lleno en la cultura occidental. Ese mismo concepto, y con la misma inespecificidad, aparecerá en el *Canon* de Avicena con el nombre de «Wabá».

Ya en el Antiguo Testamento se hace referencia a una epidemia sufrida por los filisteos en la que se describen supuestos bubones y en la que se hace referencia a los roedores en su génesis. Parece ser que, en este caso, se podría tratar de una afección hemorroidal producida por la disentería.

Tucídides, en su *Historia de las guerras del Peloponeso*, describe ampliamente una epidemia ocurrida en el año 430 a. C. a la que denomina la «peste de Atenas», pero hoy se considera casi unánimemente que era un brote de tifus exantemático. También la llamada «peste de Antonino o de Galeno», ocurrida entre 165 y 168 d. C., se considera que pudo tratarse de tifus exantemático.

Rufo de Éfeso, médico de la época de Trajano, nos habla de una epidemia sucedida en Libia, Egipto y Siria, en la que se produce, junto a fiebre intensa y gran postración, la aparición de bubones. Esta podría ser la primera descripción conocida de peste bubónica.

Procopio, en su *Historia de las guerras persas*, describe lo que hoy se acepta inequívocamente que se trata de una verdadera epidemia de peste bubónica. Al parecer,





se originó en Egipto, en el año 541 d. C. y, transportada en los barcos, se extendió por gran número de puertos del Mediterráneo oriental durante tres años. Concretamente, en Constantinopla mataba a unas mil personas diarias, acabando así con la vida de 300.000 seres humanos, un tercio de la población de la ciudad. Se la llamó «gran peste de Justiniano», y fue tal la mortandad que provocó en el Imperio bizantino que se considera que fue la principal causa de su posterior decadencia.

Fue este el primero de los brotes epidémicos que alteraron fuertemente la vida de los países ribereños del Mediterráneo en los dos siglos siguientes. Durante este tiempo se produjeron, al menos, veinte oleadas de la enfermedad, y algunos autores consideran que redujo la población de los países afectados al 50%. No todos los autores están de acuerdo en que se tratara solo de brotes de peste bubónica, sino que, además, podrían incluirse brotes de influenza, viruela, cólera, disentería y difteria.

La última de las oleadas de la peste de Justiniano ocurrió en el año 767. A partir de entonces y durante unos cinco siglos, el mundo, al menos en Occidente, se vio libre de este terrible azote.

Por supuesto que los hombres de aquella época en general y los médicos en particular se preguntaron sobre las causas de las sucesivas epidemias. Dieron diferentes respuestas, pero ninguna de ellas sirvió para hallar un tratamiento capaz de acabar con la enfermedad.

Hipócrates, o más bien la tradición hipocrática, en uno de los libros del *Corpus Hippocraticum*, concretamente en *Sobre las ventosidades*, afirma que la causa de la pestilencia era el aire. La teoría de los cuatro humores nos dice que los cuatro elementos que componen el universo, el fuego, el aire, el agua y la tierra, se correlacionan con los cuatro humores que bañan nuestro cuerpo. Son estos la sangre, la flema o pituita, la bilis o cólera y la atrabilis o melancolía. La salud se entendía como la mezcla proporcionada



de estos cuatro humores. Si están en desequilibrio, aparece la enfermedad. Pues bien, el predominio del elemento aire en el humor sangre provoca la alteración de este último y la aparición de la peste.

Galeno, en el libro primero del tratado *De febrium differentiis*, advierte que la causa principal de que se instaure una constitución pestilencial es el aire inspirado. Este se corrompería por la abundancia de cadáveres no incinerados o por los vapores que desprenden los lagos y estanques en invierno. La inhalación del aire corrupto tiene como consecuencia la putrefacción de la sangre, motivo por el que el único remedio para atajar la enfermedad consiste en la rápida evacuación de esta mediante la sangría.

Avicena es de la misma opinión que Galeno, pero al uso de la sangría como tratamiento añade una abundante serie de productos vegetales, tales como el agua de rosas, las tabletas de alcanfor, el sándalo, el incienso, el almizcle, etc., que, por sus propiedades odoríficas, consiguen «secar el aire y perfumarlo para evitar su putrefacción».

Los cronistas de los siglos VI al VIII d. C., sobre todo los eclesiásticos (Gregorio de Tours, Juan de Biclara, el patriarca Nicéforo), hicieron hincapié principalmente en el aspecto punitivo de la peste, ya que interpretaron su aparición como un castigo por los pecados y descarríos de los hombres.

La peste a partir de la Edad Media

En el siglo XIV, se inicia en China una verdadera pandemia (propagación de una enfermedad infecciosa a casi todos los habitantes de una región e, incluso, a toda la humanidad) de peste bubónica, que asoló Europa entre 1347 y 1352, y los países árabes y Oriente hasta 1354. Constituye la oleada de peste mejor conocida y estudiada de todas las que ha sufrido la humanidad. Se la conoce con muchos nombres, pero los más

usados son los de peste negra y muerte negra, apelativo que se debe a las manchas pardas y negras que aparecen en la piel de los enfermos a consecuencia de las hemorragias subcutáneas. No obstante, hay que dejar claro que no fue este el único brote de peste que sufrieron los humanos; bien al contrario, esta fue solo la primera de las muchas oleadas de la enfermedad, que se presentaron fundamentalmente en Europa, siendo la última la que afectó a Marsella y la Provenza entre 1720 y 1722.

Propagación de la enfermedad

En el sureste de China, en el Yunnan, existía, y aún existe, un foco endémico de peste, concretamente no entre la rata negra, sino entre los roedores salvajes, como la marmota, y en las pulgas que los parasitan. Debido a la costumbre de los mongoles de vestirse con las pieles de estos animales, la enfermedad fue extendida a otras regiones asiáticas. En 1331 se produjo una epidemia de peste en China, sometida entonces a la dominación mongola. Fueron estos los responsables de su posterior propagación.

En 1338 ya se detecta la enfermedad en la meseta central asiática, concretamente en el lago de Issik Kul, cerca de Alma Ata. Este enclave se encontraba situado en la ruta de la seda, y fueron las caravanas que la seguían las que transportaron la enfermedad al resto del mundo conocido entonces. Se sabe que siguió por el norte del mar Caspio, a través de ciudades como Sarai o Tana hasta arribar al mar Negro, encontrándose en Crimea en 1346, donde murieron 85.000 personas en poco tiempo. En esa zona se hallaba la factoría genovesa de Caffa, la cual fue sitiada por el ejército mongol, que estaba infectado y diezmado por la peste. Los sitiadores, en lo que se considera como el inicio del uso de la peste como arma biológica, arrojaron con catapultas cadáveres de apestados al interior de las murallas de la ciudad antes de abandonar su asedio. Los



genoveses, al retornar por barco a Italia, llevaron consigo la enfermedad, transportada, además de por los enfermos, por la rata negra que se ocultaba en las bodegas de sus navíos. Para algunos, la enfermedad se declaró primero en Constantinopla en 1347; para otros, en cambio, el primer brote se produjo en la ciudad de Mesina en septiembre del mismo año. Lo cierto es que a partir de entonces y hasta 1352 la peste se extendió por toda Europa y por los países mediterráneos.

Los primeros puertos del Mediterráneo que se infectaron fueron, además de Mesina, Génova, Venecia y los de Sicilia. Pisa fue el principal punto de penetración de la peste en el interior de Italia. De allí llegó a Roma y a toda la Toscana, región que quedó casi despoblada. Entre Florencia, cuya epidemia fue descrita por Bocaccio en el preámbulo del *Decamerón*, y Siena hubo más de 150.000 muertos. A partir de estos focos, la rata negra, infectada por el bacilo de la peste, se multiplicó velozmente y se extendió por toda Europa. Solo en Inglaterra 2000 villas y ciudades quedaron despoblados. En Francia, la peste, unida a la guerra de los Cien Años, causó estragos terribles; solo en Marsella, en 1348, mató a 56.000 personas. El médico del papa, Guy de Cahulliac, hace una descripción del paso de la peste por Avignón (1348) y comenta: «El padre no visitaba al hijo ni el hijo al padre, la caridad estaba muerta y la esperanza destruida. Los médicos no osaban visitar a los enfermos por miedo a quedar infectados». En la península ibérica la enfermedad penetró por Mallorca, y de allí se extendió al resto del reino catalanoaragonés, pasando más tarde al reino de Castilla y, por último, a Portugal. Se sabe que en Aragón murió el 40% de la población, y en el resto de la península, casi un 25%. La última región europea en afectarse fue Rusia, en 1351, pero no se tienen datos sobre la mortandad que provocó, aunque se sabe que fue terrible.

Hecker calcula que en toda Europa, durante los años que duró la epidemia, hubo 25.000.000 de víctimas, lo que supone alrededor de una cuarta parte de la población.

Fuera de Europa, en 1346 la peste se encuentra en Tabriz, al sur del mar Caspio. En 1347 aparece en Trebisonda, a las orillas del mar Negro, y en Alejandría. En 1348





estaban afectadas todas las ciudades del norte de África. En El Cairo morían entre 10.000 y 15.000 personas diariamente, y en Alepo unas 500. En Gaza murieron 22.000 personas en seis semanas. En China murieron 13.000.000 de seres humanos, y en la India, que también fue afectada, murieron millones de personas, quedando muchas de sus regiones prácticamente despobladas.

Como ya se ha dicho, el brote epidémico que ocurrió entre 1347 y 1354 no fue, desgraciadamente, el único que sufrió la humanidad en aquellos siglos. A partir de entonces y de un modo periódico, fueron surgiendo nuevos brotes que, en lo que se refiere a Europa, acabaron en la segunda década del siglo XVIII. De hecho, durante estos cuatro siglos no puede hablarse de una manera general de remisiones de la peste. Sin pretender ser exhaustivos, daremos las fechas de algunos de los brotes más importantes. En 1382 surge un nuevo brote desde Egipto; en 1438 otro pasa desde la India a Constantinopla y Venecia. Entre 1528 y 1553 la peste aparece endémicamente todos los años en Alemania. En España, la infección que se declaró entre 1596 y 1602 contribuyó, junto a otros factores, a la decadencia del reino en el siglo XVII. Entre 1611 y 1615 el brote epidémico surgido en Afganistán pasa a la India, Persia, Constantinopla y, por fin, a Europa. En Inglaterra, la epidemia que sufrió Londres en 1665 produjo 68.596 muertes sobre una población de 460.000 personas. Por fin, la epidemia que asola Marsella y su región entre 1720 y 1722 fue el último gran embate de la peste, que a partir de esta fecha puede considerarse extinguida del continente europeo.

Pero que desapareciera de Europa no significa que también lo hiciera del resto del mundo. De hecho, la peste ha seguido siendo una temible compañera de la humanidad en su devenir histórico hasta nuestros días. A modo de ejemplo, podemos decir que en 1855 tuvo lugar una nueva pandemia de peste que se inició en China y posteriormente se diseminó —por las ratas que iban en los barcos— hacia California, Sudamérica, África



y el resto de Asia. Ya en el siglo XX, entre 1910 y 1911, hubo un nuevo brote que comenzó en Manchuria y se extendió sobre todo el resto de China y a Rusia, calculándose que mató a 100.000 personas. En EE.UU. la última epidemia ocurrió en Los Ángeles en 1924-25. En las décadas de 1960 y 1970 la peste se localizó principalmente en Vietnam. En la actualidad, la peste es endémica (casos aislados en un área limitada) en el oeste de los Estados Unidos, algunas zonas de Sudamérica (Perú, Bolivia y Brasil), en el sur de Asia y en el África Central.

La respuesta de los médicos y de la sociedad

Durante muchos siglos, prácticamente hasta el siglo XIX, los médicos siguieron enfocando la peste tal como ya lo hicieron antes Hipócrates, Galeno y Avicena. Así, la causa de la peste es el llamado «miasma», una sustancia patógena que se origina por procesos de putrefacción en el aire y en el agua y que, a modo de vapor venenoso, sería inspirado por la persona infectándola.

Otros médicos, adoptando un punto de vista astrológico, sostenían que la aparición de la enfermedad se explica por la influencia de los cuerpos celestes sobre la vida terrestre, en especial sobre la atmósfera, el clima y la vegetación. Así, algunos apuntaban que la conjunción de Saturno, Júpiter y Marte en el grado 14 de Piscis en 1345 habría sido determinante para explicar la corrupción del aire que causaba la enfermedad.

Para los cristianos, la peste es un castigo que Dios envía a los hombres por los pecados cometidos. Por ello piden la clemencia divina haciendo penitencia y donaciones a iglesias y conventos. Se implora ayuda a los santos protectores de la peste, como san Sebastián y san Roque. Algunos cristianos exageran hasta el paroxismo la penitencia que se imponen, surgiendo así el movimiento de los «flagelantes», que marchaban en

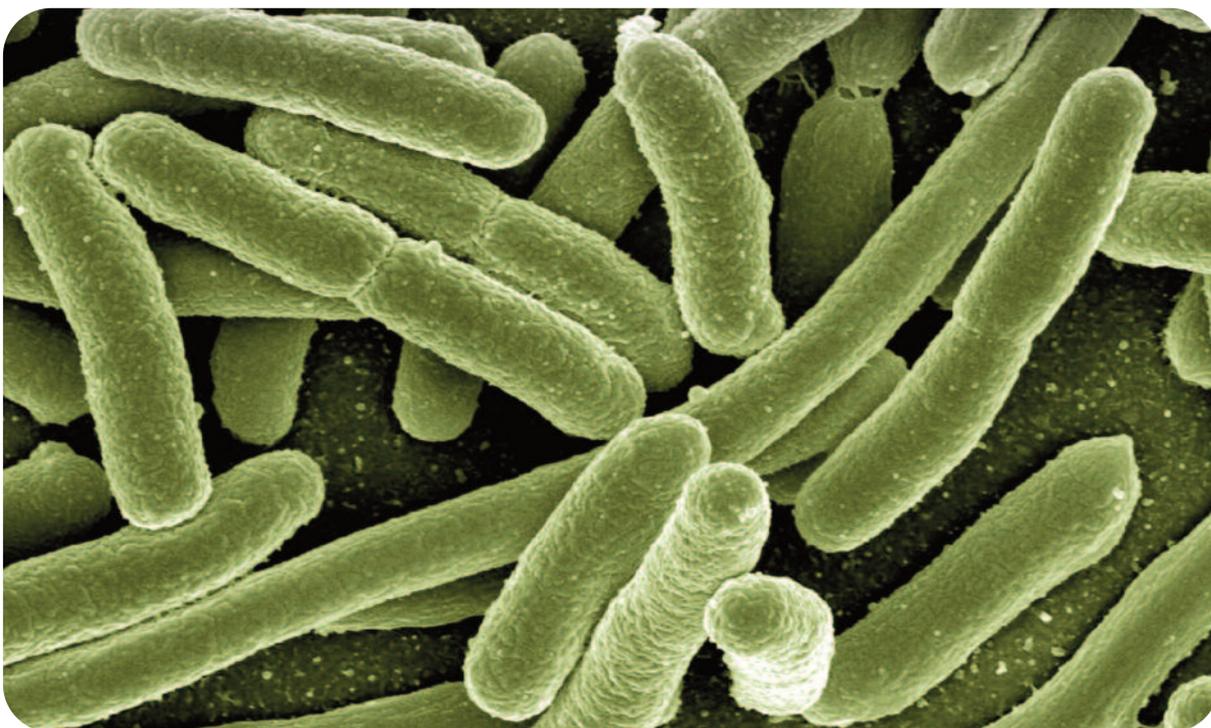
procesión por los caminos del centro de Europa, desnudos y entonando lamentos, flagelándose unos a otros.

Pero también en este caso surgió la necesidad de un chivo expiatorio. Este papel fue endosado, sobre todo, a los judíos en la Edad Media. Se les culpó, por parte de los más fanáticos —los flagelantes entre ellos—, de haber envenenado las fuentes y, de este modo, provocar la enfermedad. Consecuencia de ello fueron los asesinatos en masa a los que fueron sometidos. Solo en Alemania, el pueblo fanatizado mató a golpes y quemó a decenas de miles de judíos.

Conforme van pasando los siglos, van surgiendo teorías más cercanas a la verdad para explicar la enfermedad. Así aparecen los médicos «contagistas», que defienden que la enfermedad la causan agentes patógenos específicos que atacan al ser humano. El jesuita Athanasius Kircher (1602-1680) dice descubrirlos en 1659, observándolos como «vermículos» (gusanos microscópicos) en su microscopio.

También durante este dilatado tiempo los médicos se dan cuenta de que una de las principales causas del desarrollo de la enfermedad es la falta de higiene. De las ciudades de aquella época se puede decir de todo menos que estaban limpias y que las casas que las componían eran espaciosas y aireadas, estando apelotonadas en callejuelas estrechas y sinuosas. Las malas condiciones higiénicas favorecían la proliferación de las ratas, tanto de la negra como de la gris, y ya sabemos que fueron estas, al caer enfermas y contagiar su enfermedad a sus pulgas, las que inocularon la enfermedad a los humanos al ser picados por estas últimas. Por todo ello, la mejora de las condiciones higiénicas en las que se desenvolvían los habitantes de las ciudades fue una de las principales causas de la desaparición de la peste en Europa, siendo precisamente lo contrario lo que explica su mayor persistencia en otros lugares del planeta.

Pues bien, aparte de las medidas higiénicas ¿qué otras medidas tomaron los hombres para luchar contra la enfermedad?



Cuando llegaba la peste a un determinado lugar, lo primero que provocaba en los hombres que lo habitaban era un miedo insuperable, que pasaba a convertirse en verdadero pánico. Este, a su vez, provocaba huidas en masa de la población que podía hacerlo. Al huir, evidentemente, si no estabas infectado te salvabas de la peste, pero si lo estabas, o bien lo estaban tus propios parásitos, tales como la pulga humana, o las ratas que, inevitablemente, acompañaban a los huidos, lo que se conseguía era extender la infección a las ciudades y pueblos que estaban libres de ella. Para evitar este modo de propagación de la enfermedad se crearon, ya desde los primeros tiempos, los llamados «cordones sanitarios», que consistían en el cierre, por parte de las autoridades, de las fronteras de los Estados afectados y en el aislamiento de las ciudades contagiadas. Desgraciadamente, no fue esta una medida que tuviera una gran incidencia a la hora de controlar la peste, debido, principalmente, a su escaso general cumplimiento.

Otra forma de prevención que se adoptó y que, esta sí, contribuyó de un modo importante al mejor control de la extensión del contagio fue la instauración de la cuarentena. La medida consistía en el aislamiento en los puertos de llegada durante cuarenta días de los barcos procedentes de zonas infectadas. La primera vez que se impuso fue en Ragusa, hoy Dubrovnik, en 1377, si bien en este caso duró solo treinta días, pasando a durar cuarenta a partir de 1383 en el puerto de Marsella. La cuarentena continuó en Europa hasta principios del siglo XX.

Con relación a los enfermos, lo que se intentaba era evitar en lo posible el contacto con ellos. Los que no tenían más remedio que acercarse a los apestados, tales como los médicos y los confesores, procuraban aislarse mediante trajes y caretas especiales, pero la mayoría de la población lo que hacía era alejarse de ellos y abandonarlos a su propia suerte, aunque fueran amigos o familiares. Con el tiempo fueron creándose lugares especiales para tratar, y sobre todo incomunicar, a estos enfermos. Se conocen con el nombre de lazaretos, y eran unos edificios que más bien parecían fortalezas, y que se situaban en las afueras de las ciudades. El primero fue el Gran Lazareto de Milán, que se construyó en los inicios del siglo XVI. Pero no fue hasta 1607, con la construcción del hospital de San Luis en París, cuando se generalizó su uso.





Todo lo referido hasta ahora habla de las medidas profilácticas que se fueron adoptando, pero ¿qué medidas terapéuticas se utilizaron? Desgraciadamente, pocos y apenas efectivos, fueron los tratamientos que existieron durante siglos contra la enfermedad. Ya hemos mencionado el uso de sangrías. A ello poco más podemos añadir, excepto el uso de plantas medicinales que intentaban paliar los síntomas de la enfermedad, o la quema de maderas y sustancias aromáticas que, junto al uso de perfumes, intentaban modificar la cualidad del aire corrompido.

La peste en la actualidad

La forma actual de enfrentarnos a la peste, y con ello el haber conseguido que pasara de ser una amenaza mortal a convertirse en una enfermedad bien definida y fácilmente curable si se coge a tiempo, comenzó en 1894. En ese año, el microbiólogo suizo Alexander Yersin, durante una epidemia en Hong Kong, consiguió identificar el germen productor de la enfermedad al aislarlo de las vísceras de una rata muerta y del pus contenido en un bubón humano. El agente infeccioso pasó a conocerse con el nombre de «*Yersinia Pestis*».

La *Yersinia Pestis* es un cocobacilo gram negativo perteneciente a la familia de las enterobacterias. Es muy sensible al calor y a la luz, que lo destruyen en pocas horas, y a los antisépticos habituales. En cambio, en la oscuridad y a temperaturas bajas su vitalidad se mantiene durante largo tiempo. También es capaz de mantenerse viable durante semanas en aguas, harinas y granos húmedos.

La peste es una zoonosis, es decir, una enfermedad propia de los animales. Su reservorio natural son los roedores salvajes, tales como la marmota, las musarañas, el perro de la pradera, las ardillas o los conejos. Sin embargo, en circunstancias especiales puede



transmitirse a algunos mamíferos como perros, gatos, monos, camellos y, por supuesto, al hombre.

El enlace principal entre los reservorios salvajes del germen y el humano lo ejerce la rata doméstica en sus variedades negra (*Rattus rattus*) y gris (*Rattus norvegicus*), pero, a veces, la transmisión hacia nosotros puede ser a partir del ratón común (*Mus musculus*).

Entre los roedores y los humanos y mamíferos superiores que pueden padecer la enfermedad, desempeña un papel fundamental como vector la pulga de la rata, sobre todo sus géneros *Xenopsilla* y *Ceratophyllus*. Instaurada la enfermedad en los humanos, la pulga del hombre (*Pulex irritans*) puede transmitir la enfermedad picando a los sujetos sanos, convirtiéndose así en un factor decisivo en la difusión de la enfermedad. La pulga, al picar a su huésped enfermo, ingiere sangre con bacilos, estos se desarrollan en su interior y pasan a su aparato digestivo y, de ahí, mediante nuevas picaduras, se introducen en su nuevo huésped por la piel, desde la que se difunden a través de sus vasos linfáticos, llegando a los ganglios linfáticos, que aumentan mucho de tamaño hasta convertirse en bubones; desde estos alcanzan los vasos sanguíneos y, por la sangre, llegan a todo el organismo del enfermo.

Clínica y tratamiento de la enfermedad

Tras contraer el mal mediante la picadura, lo más frecuente es que el enfermo desarrolle la forma de la enfermedad conocida como peste bubónica. En ella, tras un período de incubación de dos a ocho días, aparece bruscamente un cuadro de fiebre alta, dolores de cabeza, escalofríos e intensa postración con delirios. Después de algunas horas o días los pacientes notan la presencia del bubón, que son adenopatías apelotonadas y

dolorosas que miden entre uno y diez centímetros y que, a veces, pueden romperse soltando gran cantidad de pus lleno de bacilos. Si alguien entra en contacto directo con esta supuración puede contagiarse la enfermedad. Los bubones aparecen sobre todo en el cuello, las axilas y las ingles, que son los lugares más cercanos al sitio de las picaduras. Además, aparecen otros síntomas tales como hepatoesplenomegalia (hígado y bazo agrandados) dolorosa y lesiones necróticas y purulentas en diferentes órganos, provocando, entre otros cuadros, faringitis, meningitis y shock que pueden conducir a la muerte del enfermo.

La peste neumónica se contagia por contacto con secreciones respiratorias procedentes de un enfermo. Al cabo de uno a tres días, aparece como una infección respiratoria de tipo gripal que termina por progresar hasta producir una neumonía que puede ser mortal.

Existe también la forma septicémica, en la que no hay bubas o adenopatías, sino que la bacteria provoca una sepsis al expandirse por el torrente sanguíneo con tal virulencia que puede provocar la muerte en el 30-50% de los casos si no es bien tratada.

El diagnóstico, una vez que se sospecha la enfermedad, se hace principalmente por cultivar la bacteria en las secreciones procedentes de los bubones, en los esputos o directamente en la sangre (hemocultivo) de los enfermos.

El tratamiento se hace mediante el uso de antibióticos, si bien la *Yersinia Pestis* se ha hecho resistente a muchos de ellos. Se pueden seguir empleando la estreptomycin, las tetraciclinas y el cloranfenicol. Gracias a estos fármacos, el pronóstico ha pasado de producir una mortalidad del 50 al 90% de los afectados a matar solo al 5-10% de ellos si es diagnosticada y tratada a tiempo.





El prójimo del siglo XXI: EMMANUEL LÉVINAS

Sara Ortiz Rous

Llueve, es invierno y paseamos por la calle de una ciudad del siglo XXI. En un portal de supermercado, acurrucada está ella, algo sucia, sin zapatos. Quizás no exhibe ninguna minusvalía, quizás ni siquiera pide limosna, pero sabemos que necesita ayuda. Ha habido un contacto, una comunicación entre nosotros. Podríamos ignorar lo que hemos visto, pero vamos a necesitar justificarnos, y en función de lo que justifiquemos bloquearemos accesos al mundo emocional.

Este es el planteamiento de Emmanuel Lévinas, judío lituano que sobrevivió al holocausto (1906-1995). Influido por Edmund Husserl, que estudió nuestra relación con los demás, y Martin Buber, que afirmaba que de nuestra relación con los demás surge el sentido de la vida, Lévinas descubre el prójimo como una comunicación inevitable con nosotros mismos y con los fenómenos de nuestra conciencia.

Así como es hermoso ver el mismo paisaje descrito por distintos poetas y descubrir nuevos rincones en cada verso, es hermoso ver enunciada de nuevo en la filosofía moderna la conciencia del prójimo de grandes maestros como Sócrates o Jesús. Los colores y la técnica con los que se pinta el amor al prójimo no son los mismos pero sigue siendo el mismo sentimiento.

A veces las palabras pueden alejar la idea de fondo, aunque en ocasiones le dan relieve, y a veces influyen en los contemporáneos y en el futuro. La razón de Emmanuel Lévinas convertida en lenguaje cumple las tres funciones. Jaques Derrida, en sus últimas obras, trata temas éticos influido por Lévinas y estudia la responsabilidad en relación con cuestiones humanitarias como el asilo político.

El tema del prójimo es esencial para llegar a ser humanos, más que la razón inteligente, que escudriña y domina las leyes de la naturaleza. Es nuestra empatía con la vida, la vida humana y también la vida del planeta. Hoy tenemos poetas con voz clara que

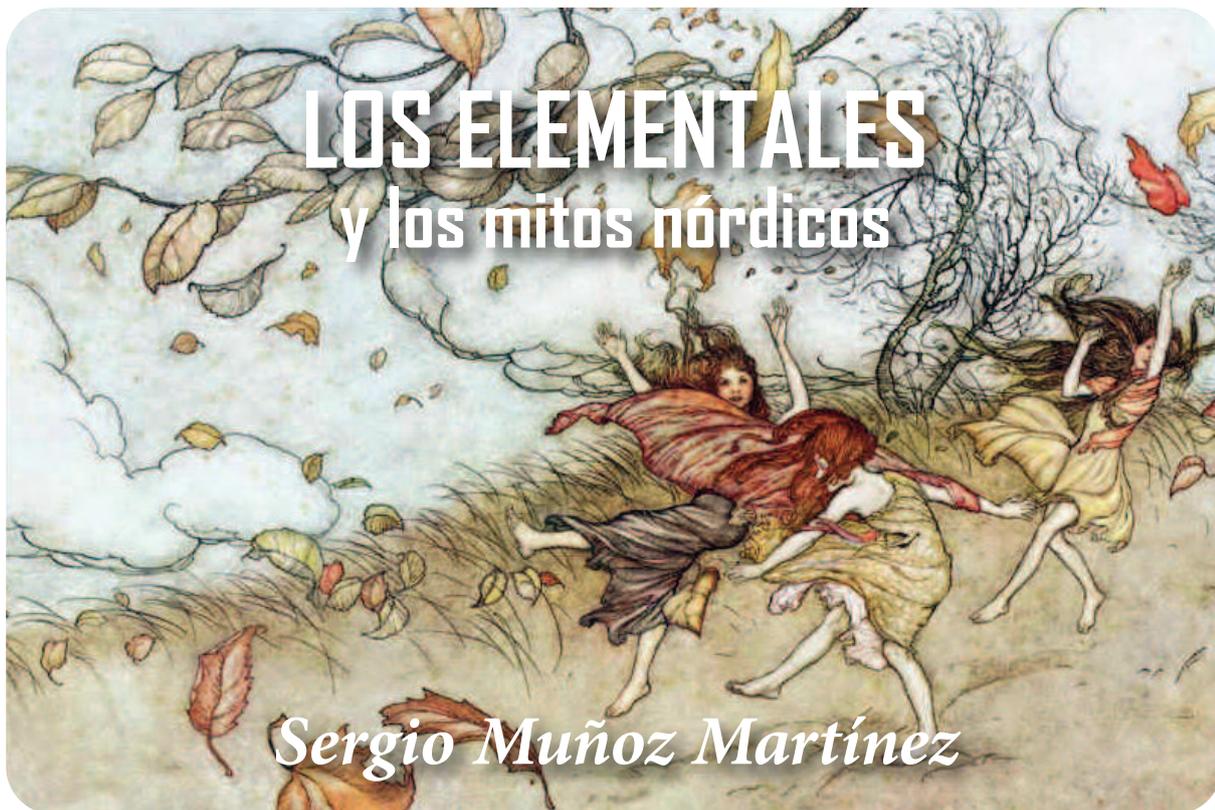
cantan los grandes temas de la filosofía. Podemos recordar a Atahualpa Yupanqui y a Mercedes Sosa cantando: «A esta hora exactamente hay un niño en la calle», y la comunicación con nuestra conciencia se establece, y decidimos qué hacer con nuestro propio futuro.

Bibliografía

Totalidad e infinito (1961), Emmanuel Lévinas.

Políticas de la amistad (1994), Jacques Derrida.





Este trabajo de investigación trata de vincular las enseñanzas del profesor Livraga con aquellas tradiciones atemporales que aparecen en las distintas culturas bajo la forma de mitos, encontrando el punto de conexión entre ambas. En concreto, pretende establecer la relación directa que existe entre estos antiguos mitos nórdicos y los descritos por el profesor Livraga en su libro *Los Espíritus Elementales de la Naturaleza*.

Comenzaremos por lo referido por el profesor Livraga, citando literalmente lo descrito en su libro de los *Espíritus Elementales*, extrayendo la parte vinculante con nuestro mito nórdico. Después pasaremos a desarrollar la parte mítica sobre la cosmogonía nórdica y el exilio del dios-elemental Frey a la Tierra, Midgard para las crónicas nórdicas. Para estos mitos he utilizado el narrado por Snorre Sturluson en sus *Eddas Mayores y Menores*, que la editorial Gredos recogió en una amplia colección de mitología nórdica y escandinava.

El motivo de esta monografía no es otro que el de estudiar y profundizar en esos viejos mitos, que nos están hablando de momentos protohistóricos y mágicos de nuestro más remoto pasado, uniéndolos a las enseñanzas del profesor Livraga, dándole al conjunto de esta exposición esa consideración seria y sagrada.

Espíritus elementales

Espíritus Elementales de la Naturaleza, Jorge Ángel Livraga:

«¿Qué son los Elementales? Son formas de vida dentro de los elementos. Obviamente, es muy difícil explicar las características básicas que habrían de definirlos, pues al no estar sus cuerpos en el plano estrictamente físico en que se desarrolla nuestro entorno visual y auditivo, o mejor expresado, al no estar sus cuerpos en la "posición" en que nos es fácil ver las cosas, aunque puedan estar de alguna manera en lo físico, se nos

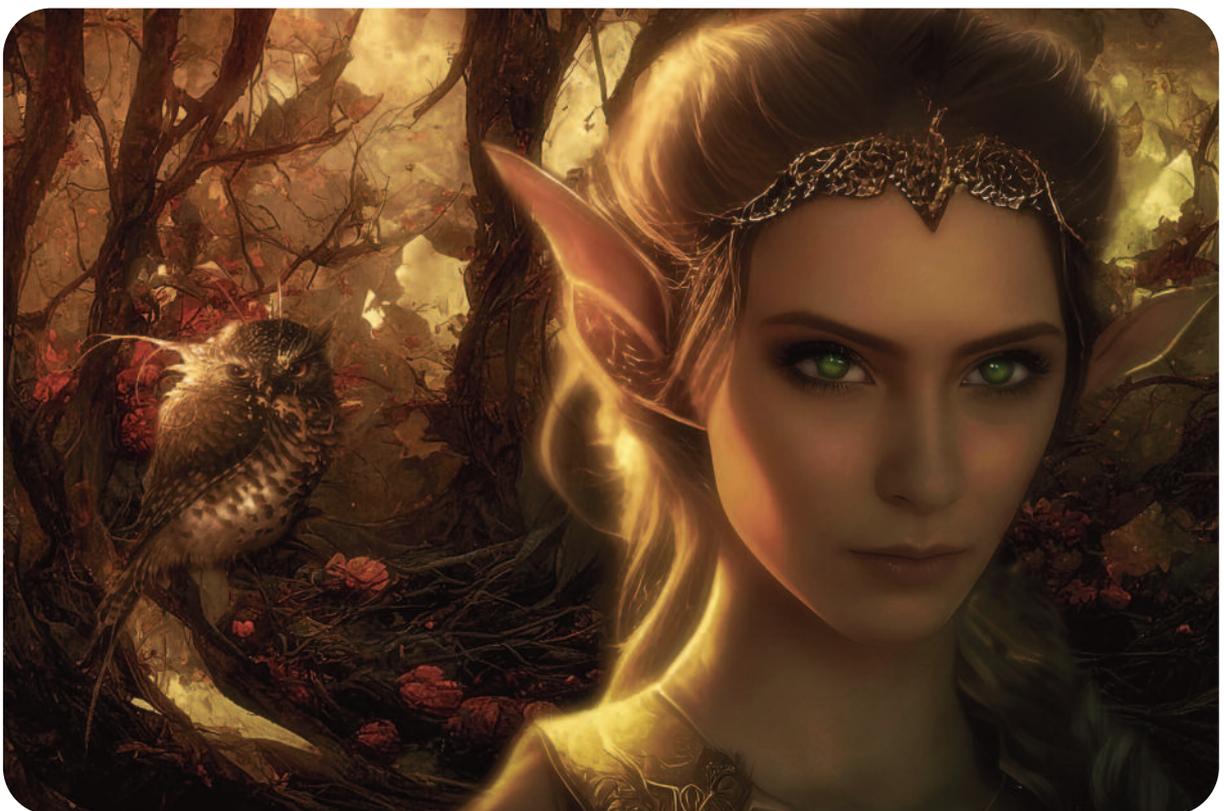
aparecen como inexistentes fantasías de los hombres primitivos o de los niños desocupados. Estas formas de vida tienen sus cuerpos en el Plano Pránico y no por debajo de este. Pero como los Planos no están cortados como por una navaja, sino que hay una gradación casi infinita entre ellos, y las circunstancias de la Naturaleza no son siempre las mismas (con variaciones que conocemos como el día y la noche, las épocas del año, la altura, la profundidad, la mayor o menor carga de electricidad estática, las diferentes presiones atmosféricas y las diversas temperaturas, los componentes pasajeros del aire como son las concentraciones de agua, de ozono, etc., sumado el todo terrestre a las influencias de los astros, especialmente del Sol y de la Luna), en ciertas ocasiones los Elementales caen en una mayor materialización que los hace sencillamente visibles. Pero aun en tan favorables condiciones no son observados normalmente.

Los Elementales existen y durante milenios incontables la humanidad ha recopilado testimonios de su existencia. Y lo más importante es que estos testimonios son coincidentes en diferentes épocas y países.

Las antiguas religiones, con su trasfondo misterico, mucho más ecológicas que las actuales, los habían asimilado y sumado a sus santorales humanos. Regentes de fuentes y montañas, de ríos y caminos, los Espíritus de la Naturaleza mantenían relaciones y comercios físicos y psíquicos con los humanos.

Asimismo los Elementales contactaron con el hombre y le instruyeron sobre el poder curativo de las plantas, enseñándole a recogerlas, plantarlas y trasplantarlas en los momentos adecuados del año y bajo la influencia de determinados astros.

Le enseñaron a quemar resinas para atraer a los buenos Espíritus y alejar a los perversos, curtir pieles y fermentar líquidos. Le comunicaron el aparentemente



enigmático origen de las levaduras y, mejorándolas, le enseñaron a no perderlas para poder reproducirlas continuamente. Le enseñaron dónde estaban las ocultas fuentes de agua mineral y termales.

Los Elementales mostraron a los hombres las vetas de metales y las piedras capaces de resistir las tensiones de la arquitectura, o de canalizar las energías cósmicas y telúricas convirtiéndose en amuletos. También les señalaron las flores benéficas y sus utilizaciones para los ritos de amor y de muerte. Mostraron a los humanos las claves de los movimientos de las bandadas, cardúmenes y manadas con fines adivinatorios, ya que el Alma Grupal de los animales presiente los cambios de la Naturaleza. Los hombres de las primeras razas inteligentes fueron instruidos en las artes de la navegación y del sembrado por los Elementales, quienes a su vez respondían a los requerimientos de los dioses. Hicieron bajar oportunamente el Fuego del cielo y lo hicieron surgir de las entrañas de la Tierra a la vista humana, y les mostraron cómo los rayos grababan en las piedras los signos primeros de una escritura geometrizable que inspiró todas las demás.

Les transmitieron el conocimiento del poder de los cristales naturales, es decir, de las gemas que rodearon prudentemente las sabias cabezas de los primeros reyes-sacerdotes. Les instruyeron aun en lo que los Elementales más temían, por sus cargas magnéticas: el uso de las formas afiladas y puntiagudas, basadas en los metales rojos y negros con empuñaduras cuajadas primero de rocío y luego de piedras preciosas y mágicas que se cargan con la luz de las estrellas y con la sal depositada por las manos de los guerreros. Disfrazados de comadronas, enseñaron a los primeros sexuados a tener vástagos y a darles a luz correctamente e incitaron en hombres y mujeres los juegos del trabajo, de la guerra y del amor. Fueron puentes entre los altos dioses y los





humanos y llevaron a sus protegidos a las aras de sacrificios con tal de que la relación religiosa y misteriosa perdurase.

Hoy los artificios han reemplazado en buena medida la relación entre los humanos y los Elementales. Tan solo en zonas en donde la actual civilización materialista no ha llegado, los contactos se mantienen aunque de manera precaria.

Si pensamos que las máquinas, los fragores, las contaminaciones y las grandes aglomeraciones caóticas de gentes los aterrorizan y los destruyen, nos es fácil deducir que hemos alejado de nosotros el encanto de aquel viejo pacto con los Elementales. Pero, si bien en niveles mucho más humildes que en la Antigüedad, los Elementales siguen en contacto con los humanos. Dado que sus cuerpos no son estrictamente físicos, poseen gran capacidad para cambiar de tamaño y forma, y así pueden asemejarse a los insectos o a las montañas, a los animales, a las plantas y a los humanos. Ciertas condiciones especiales los vuelven, en raras ocasiones, simulacros de los dioses, y se convierten en vehículos de ellos».

Elementales en la mitología

Queríamos, tras habernos remitido a las enseñanzas del profesor Livraga, establecer la vinculación entre las mismas y los antiguos mitos nórdicos, que nos hablan de algunos elementales que, simulando ser dioses, entregaron al ser humano los conocimientos para poder desarrollarse.

Este conocimiento está inmerso en tradiciones muy dispersas y en cada una de estas enseñanzas que el profesor Livraga nos trasmite; *djinn* en el islam, *devas* en las culturas indias, *kamis* en Japón o ángeles en las tradiciones cristianas... Pero en esta ocasión he querido buscar ese punto de conexión en las antiguas mitologías nórdicas, en concreto



en aquella que nos cuenta cómo aquel poderoso elemental llamado Frey, divinizado como un dios en Uppsala, bajó a aquella región de lo que hoy conocemos como Suecia a dotar a los hombres de estos conocimientos, despertando ese sentimiento hacia lo espiritual y sagrado.

Todavía hoy en día, Uppsala sigue siendo considerada como un eje espiritual en Europa y en el mundo.

Pero antes de buscar ese punto de conexión entre las enseñanzas del profesor Livraga y el mito nórdico, me gustaría explicar brevemente el significado de la palabra *mito*.

El mito está arraigado directamente en el símbolo, y a través de este se manifiesta para hacernos llegar enseñanzas morales, espirituales y metafísicas. Incluso viene a darnos claves protohistóricas, que, de forma simbólica, narran sucesos cósmicos y cosmogónicos, como la creación del universo, el ser humano o la propia Tierra.

Hay que recordar que *símbolo* proviene de la palabra griega *symbolon*, que significa 'señal o figura', y que en su transcripción al latín expresa el acto de 'llegar', 'guardar', 'contener'. El maestro Roso de Luna decía que «el símbolo nada dice al profano y todo revela al sabio», pues la ciencia del símbolo es la ciencia del todo. Los símbolos esconden profundos significados, y expresan realidades naturales e interiores. El símbolo es el ser de cualquier cosa u objeto manifestado.

Las antiguas escuelas de misterios sabían interpretar las claves de los símbolos, cuyo lenguaje nos hablaba de todo lo manifestado en el universo, y también de nuestro verdadero ser interior. Para las antiguas escuelas de misterios de toda época, el símbolo no era una creación del hombre, sino que era anterior al mismo, pues el «primer símbolo» ya se expresaba en ese Principio Omnipresente de donde emanaron todas las

formas de manifestación. Estas antiguas culturas se interesaban menos en la «forma» del símbolo y más en su esencia, en su espíritu, en la enseñanza que subyacía tras la forma manifestada.

El mito, por tanto, representa la esencia de ese símbolo, y recoge toda una enseñanza profunda que nos habla de auténticas realidades interiores y naturales. La transmisión al pueblo de estos mitos era fundamental, pues, imposibles de entender la metafísica y profundidad de los símbolos, se deslizaban estas enseñanzas a través de una narración fabulada, un mito que contenía en sí mismo esa enseñanza moral, ética, metafísica o histórica, de manera que era más fácil captar su esencia, pues el símbolo, como concepto abstracto, encarnaba en una forma, en un mito, pudiendo al hombre acercarse a él, meditarlo, e intuir la clave sagrada que en él vive, haciéndonos elevar la conciencia a planos más elevados, para seguir iluminando nuestra alma eterna de virtud y conocimiento, evolucionando como seres humanos, pues es esta la finalidad última de estos símbolos en forma de mitos.

En nuestra moderna sociedad se ha perdido el valor de lo antiguo y desvirtuado esas enseñanzas atemporales, o sea, las que existieron, existen y existirán, que eran como escritas por los «dioses» mismos, entendiendo el concepto de Dios como una ley de la naturaleza que se manifiesta en el mundo para traer luz y sabiduría. Por lo tanto, cobra todavía más valor el cuidar, indagar y meditar todos estos «textos mágicos», como es la mitología. En todas las culturas y tradiciones del mundo aparecieron grandes maestros, poetas y filósofos que bebieron de las fuentes primordiales de sabiduría atemporal, e inundaron las estanterías de sus bibliotecas de relatos míticos que encerraban toda esta fuente de conocimiento y sabiduría.



En este mito podremos encontrar de forma fabulada todas esas enseñanzas que nos dejó el profesor Livraga, así como todos los grandes maestros que ha dado la historia de la humanidad. Leyéndolo con los ojos del alma, y bajo el prisma de lo que el profesor nos transmitió a través de su libro de *Los Elementales*, podremos disfrutar, a través de la imaginación, de ese momento mágico donde lo divino se puso en contacto con lo humano. Que este mito sea, pues, ese puente entre lo mágico y lo real.

Antes de abrir paso al mito de Frey, hablaremos de la cosmogonía nórdica, para acercarnos a la creación de dioses y de mundos, donde podremos conocer más el origen de nuestros protagonistas.

Cosmogonía nórdica

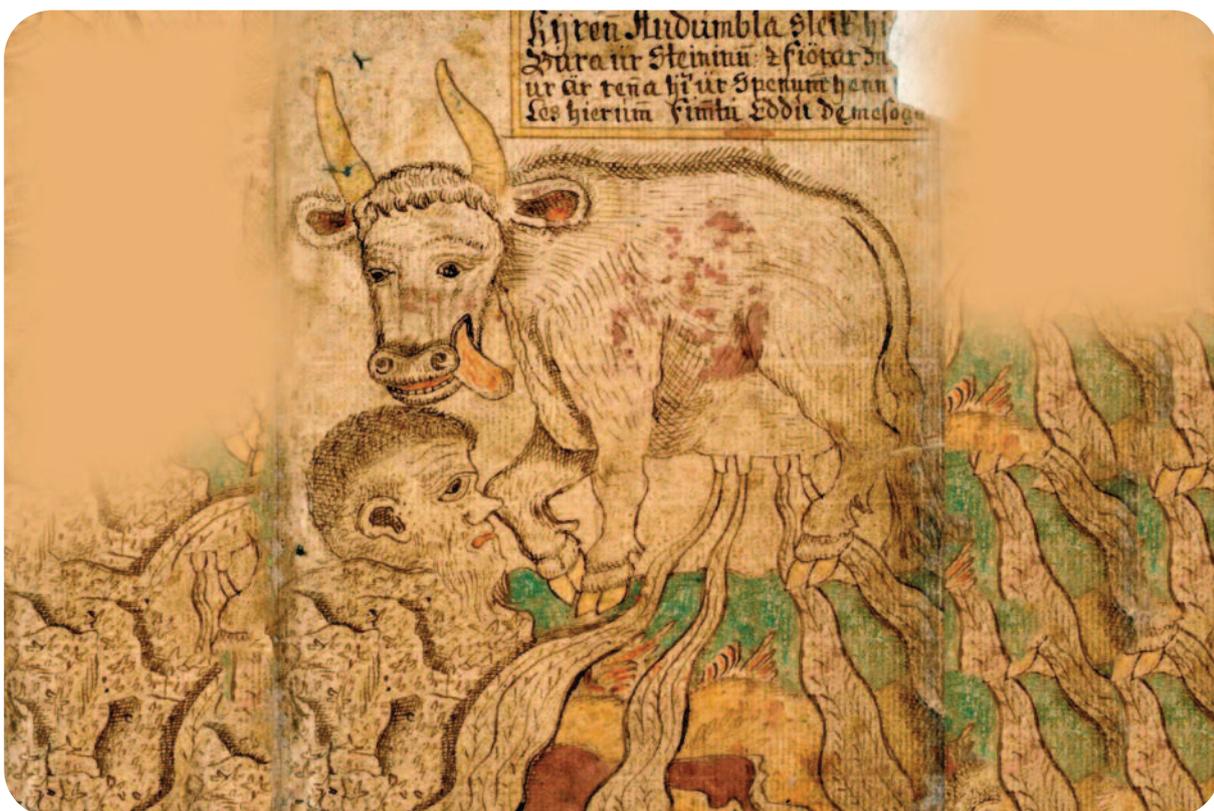
SERES DE LA CREACIÓN

Yggdrasil: es el árbol de la vida, un fresno gigantesco que mantiene unidas las distintas partes del universo. Los diferentes mundos crecen entre sus ramas, alrededor del tronco y en sus raíces.

Nornas: tres criaturas primordiales, tejedoras del destino, que habitan en las raíces de Yggdrasil. Son Urd, la que sabe lo que ha sucedido, Verdandi, la que sabe lo que sucede, y Skuld, la que sabe lo que sucederá.

Ymir: el primer ser vivo de la creación, un gigante con el tamaño de un continente, nacido del choque entre el fuego y el hielo primigenios; de él provienen los gigantes de hielo.

Audumla: la segunda criatura viva de la creación, nacida del hielo, una vaca colosal que da leche generadora de vida.





DIOSES Y GIGANTES

Odín: el primero de los dioses, llamado Padre de Todos; fue quien puso orden en el universo, el cual vigila desde su trono Hlidskjalf en lo alto de Asgard. Sus descendientes son los ases. Comprende la creación y conecta con todos los elementos. Más tarde sería el padre de grandes dioses como Thor o Balder.

Bor y Bestla: gigantes liberados del interior de las rocas por Audumla; son los padres de Odín y antecesores de la estirpe de los dioses ases.

Vili y Ve: hermanos menores de Odín, con quien comparten poderes aunque de menor intensidad; menos ambiciosos y osados que él, reconocen pronto su poder y se ponen a su servicio.

Nöjrd y Niorunn: los primeros dioses vanes, divinidades de la fertilidad y la vida natural. Son hermanos: Nöjrd es el dios de la tierra fértil y la costa marina y Niorunn, la diosa de la tierra cultivada. De ellos nacerían Frey y Freya.

SERES CREADOS POR LOS DIOSES

Ask y Embla: los primeros seres humanos, creados por los hijos de Bor a partir de un tronco caído; el varón es Ask, «fresno», y la hembra es Embla, «olmo».

Hugin y Munin: «pensamiento» y «memoria», cuervos creados por Odín para espiar lo que sucede en los nueve mundos.

El mito

Ginnungagap (el Inmenso Vacío o Abismo) tenía en sus extremos dos mundos: Niflheim, el mundo de hielo y tinieblas, y Muspelheim, el mundo del fuego. De la unión de los dos



mundos nacieron las primeras formas de vida al solidificarse la tierra. Sus nombres fueron Ymir y su hermana la vaca Audumla. De ambos nacieron más seres, pero no de su unión, sino de ellos mismos. De la vaca Audumla nació Bor; de Bor nació Odín.

Odín, que ya despuntaba unas inquietudes diferentes, viajó a Nifelheim. Para ello tuvo que escalar una enorme montaña desde la que poder espiar y conocer a los gigantes de hielo. En su escalada fue descubierto por los gigantes y Odín se enfrentó a ellos.

Odín salía diariamente a enfrentarse a gigantes y seres enormes. Un día, Ymir aplastó la tierra y acabó con casi toda la vida en la misma, provocando un radical cambio geológico. Odín convocó una asamblea con los hijos de los gigantes supervivientes y presentó un plan para destruir al gigante Ymir.

Utilizando a la vaca Audumla, Ymir cayó en una trampa en el reino del Fuego, Muspelheim, donde fue devorado por la lava. El mundo se liberó de su tiranía, pero, al desmembrarse Ymir, hubo otro cambio geológico en la tierra (universo). Odín y sus hermanos Vili y Ve comenzaron a desarrollar sus poderes latentes y crearon con las estrellas al Sol y la Luna, y aislaron a otras tierras lejanas a los gigantes, Jotunheim, manteniendo así el equilibrio en el universo, por lo que se ganaron el odio de los gigantes expulsados. Más tarde, con un tronco de fresno y otro de olmo crearon al primer hombre y a la primera mujer. Ve les dio forma, Odín espíritu y Vili conciencia y movimiento. Después Odín desató a los elementales de la naturaleza, los vanes, una pareja divina que poblaba el mundo de vida y naturaleza. De ellos mismos nacerían más tarde los elfos.

La raza de los enanos también nacería del fruto de la vida de las entrañas de la tierra. Odín creó una región para cada raza, manteniendo así un orden cósmico, y de paso protegió Midgard, la tierra de los humanos.

Odín creó después dos cuervos: Hugin y Munin, Pensamiento y Memoria, y los lanzó al universo para que después le contaran dónde estaban sus confines. Allí descubrieron el árbol Yggdrasil y sus nueve mundos repartidos en sus ramas, aún sin poblar.

Odín viajó al lugar de las nornas, y Skuld, la que atisba el futuro, le habló de los ciclos de la vida y de la creación y destrucción de todo lo existente, destrucción que llegaría con el Ragnarok, el Fin de los Días.

Desde entonces, Odín se lanzó en una búsqueda sin fin para alcanzar el Conocimiento Absoluto, ofreciendo para ello incluso su ojo izquierdo, con el fin de intentar evitar lo inevitable, el fin de los ciclos.

Pasemos ahora al relato del mito en cuestión, uniendo las enseñanzas del profesor Livraga con este mito que vive en el inconsciente colectivo.

El exilio de Frey

DIOSES Y DIOSAS

Odín: el primero de los dioses, llamado Padre de Todos; fue quien puso orden en el universo, el cual vigila desde su trono Hlidskjalf en lo alto de Asgard. Sus descendientes son los ases.

Frey: hijo de Njörd y de su hermana Niorunn. Dios de gran hermosura, con poder sobre la lluvia y el buen tiempo, asociado a la fertilidad viril.

Skirnir: dios menor de los vanes, fiel sirviente de Frey. Conoce la magia seid, que aprendió de su madre.



GIGANTES

Gerd: joven giganta de gran belleza y lucidez de pensamiento. Vive en una mansión en Jötunheim.

MITO: Desde que se exilió a Alfheim, Frey tenía una vida monótona y plácida junto a los elfos. Siguiendo un impulso desconocido, viajó a Asgard y, viendo que el palacio Valksjalf estaba vacío, osó sentarse en el trono prohibido de Odín, el Hlidskjalf, desde donde se observa todo el universo. Allí se quedó prendado al ver a una hermosa giganta de Jötunheim llamada Gerd.

De vuelta a Alfheim, Frey pidió a su sirviente Skirmir que fuera a convencer a esa hermosa giganta para casarse con él. Skirmir aceptó, y consiguió tener un encuentro con ella al margen de los padres de la giganta. Gerd era muy sabia, y ningún presente traído de Frey terminó de convencerla.

Finalmente, utilizando las artes mágicas del seid, propias de los dioses vanes, Skirmir consiguió engañarla; confundiendo su corazón y el porvenir de su destino si se casaba con Frey. Cuando la boda se celebró, Gerd estaba desconcertada y Frey sufría al no verse correspondido.

Cuando entendió la verdad de labios del propio Skirmir, Frey se marchó sin decir nada a Midgar, la tierra de los hombres, sobre los lomos voladores de su jabalí mágico Gullinbursti.

En Midgard adoptó la apariencia humana, y aterrizó en las tierras de Uppsala, donde Frey enseñó a los hombres todo lo relacionado con el cultivo y la fertilidad.

Frey fue feliz junto a los hombres, que lo nombraron caudillo, y convirtió Uppsala en el centro de Midgard en el mundo, con un templo dedicado a los dioses. Cuando la giganta





Gerd se dio cuenta del alma tan grande de su esposo, bajó a Midgard por medio de Odín, y bajo la apariencia humana se unió con Frey y vivieron felices. Los dioses, para volver a Asgard, fingieron su muerte utilizando la magia seid, y dejaron a su hijo en Midgard como su sucesor cuando llegó el día de marchar. Algunos habitantes de Uppsala dijeron haber visto volar a la pareja de dioses en un barco hacia las estrellas, creciendo así la leyenda de que en realidad eran dioses, y su hijo, el descendiente de ellos y el próximo caudillo de su estirpe divina.

Hemos recorrido brevemente con estos mitos esas épocas arcanas, y hemos podido traer al presente, a través de lo escrito por el profesor Livriga, esa conexión tan viva y latente entre ambas enseñanzas, a pesar de los milenios que parecen separar unas de otras, pues ambas son atemporales. Que este trabajo de conexión y demostración nos pueda abrir las percepciones más allá de las formas, de las cosas manifestadas y de la naturaleza, mostrándonos esa esencia trascendente, esa vida impregnada por esos elementales, esa huella imborrable de lo espiritual, y esa mano tendida por los dioses llena de amor y humildad hacia nuestra humanidad, con la finalidad y esperanza de ser alguna vez, dignos de su condición.

Bibliografía

Los Espíritus Elementales de la Naturaleza (Jorge Ángel Lavriga).

Simbología arcaica (Mario Roso de Luna).

Colección de mitología nórdica de la editorial Gredos.

Diccionario de símbolos (Eduardo Cirlot).



Uno de los grandes problemas sociales que acucian al ser humano en la actualidad es el de la violencia. Como la hidra de Lerna del mito de Heracles, esta se presenta con múltiples caras. Como en el citado mito, cuando el héroe cortaba una de esas cabezas, se reproducían más. De la misma manera, cuando se pretende atajar la violencia desde la superficie, vuelve a aparecer con otra apariencia, pero el trasfondo siempre es el mismo: falta de conciencia humana y de los valores propios de la condición de ser seres humanos. Pretendemos en estas líneas analizar este problema y tratar de encontrar posibles soluciones.

Desgraciadamente, la violencia se ha hecho algo muy habitual en nuestras sociedades. Encontramos actitudes violentas en cualquier esfera, ya sea del ámbito laboral, religioso, político, en las familias, en las calles de nuestras ciudades, en los colegios, en los trabajos, etc. A nivel global, se ejerce violencia sobre grupos humanos, países, etc. Guerras y migraciones son consecuencias de la violencia a gran escala.

No es la finalidad de este trabajo hacer una exposición detallada de los pormenores de esta problemática que, por otro lado, podemos conocer más exhaustivamente a través de otros medios, aunque sí haremos referencia a algunos casos y noticias recientes. Lo que sí pretendemos es profundizar en este tema con la finalidad de observar el problema, para tratar en lo posible de encontrar algunas soluciones.

Es cierto que, a nivel personal, es un tema que nos sobrepasa. No está en nuestra mano erradicar la violencia en el mundo, pero sí que podemos reflexionar sobre ello y ver qué es lo que está en nuestra mano. Sabemos, como afirmaba el filósofo Epicteto, que hay cosas que no dependen de nosotros, pero hay otras muchas que sí, y son esas que sí podemos cambiar y mejorar las que vamos a tratar de tener en cuenta. Todos podemos hacer algo por mejorar el mundo en que vivimos. En el año 2019 se cumplieron 150

años del aniversario de Gandhi. Una de sus frases fue: «Sé tú el cambio que quieres ver en el mundo».

¿Qué es la violencia?

La palabra *violencia* procede del latín *violentia*: cualidad de *violentus*, que procede de: *vis*, que significa 'fuerza', y *olentus*, que significa 'abundancia'. Según esta etimología, violento sería «el que actúa con mucha o excesiva fuerza».

Encontramos otras palabras con la raíz *vis*:

La *vis* curativa de Hipócrates era la energía natural, la fuerza que conduce a la salud.

Vigor: 'vigoroso, fuerte'.

Vir: 'hombre' en latín. De ahí *viril*, *virilidad*.

Virtus: 'hombria, caballerosidad'. De ahí deriva *virtud*.

La palabra *virtud* procede de *vir*, 'fuerza'. Se puede asociar a 'valor'. Los valores humanos son las potencialidades humanas, las fortalezas que nos dignifican como seres humanos.

A veces se ha querido demonizar el aspecto de fuerza o fortaleza como algo negativo. Pero vemos que la cuestión no está en la fuerza en sí, sino en para qué se utiliza. La diferencia está en la finalidad. Cuando la fortaleza está al servicio de lo bueno, se convierte en virtud. Pero si se ejerce de manera no adecuada y para satisfacer intereses mezquinos y egoístas, entonces se convierte en «violencia».

Veamos algunas definiciones:

«La violencia es una acción ejercida por una o varias personas en donde se somete de manera intencional al maltrato, presión, sufrimiento, manipulación u otra acción que



atente contra la integridad tanto física como psicológica y moral de cualquier persona o grupo de personas».

«La violencia es la presión psíquica o abuso de la fuerza contra una persona con el propósito de obtener fines contra la voluntad de la víctima».

Los sinónimos de esta palabra amplían el concepto: exceso, ferocidad, transgresión, monstruosidad, vandalismo, grosería, injusticia, brutalidad, crueldad, atropello, cólera, rabia, tropelía.

Nada tiene que ver la fuerza de la violencia con los valores humanos, que son nuestras fortalezas, aquello que nos dignifica como seres humanos. En la violencia se produce un «abuso de la fuerza». Por lo tanto, sería un exceso. La violencia es un vicio, porque hay un exceso; el defecto sería la blandura, la permisividad, etc.

Aristóteles explica que la virtud es un «justo medio». Es decir, que en la virtud no hay ni exceso ni defecto. La palabra *virtud*, que también deriva de *vir*, 'fuerza', se puede asociar a 'valor'. El valor es una virtud y como tal, no cae ni en el exceso ni en el defecto. El valor da lugar a acciones con finalidades elevadas, hacia la idea de lo bueno, el bien. Para que haya valor, la fortaleza ha de estar dirigida por la recta razón o la inteligencia, que es la herramienta que nos permite captar las ideas puras. El valor, en sentido filosófico amplio, sería la puesta en marcha de las virtudes y la vivencia de las mismas en todas las circunstancias de la vida.

A esas virtudes los filósofos griegos las llaman *areté* o excelencia, la expresión de lo mejor en el ser humano.

Sin embargo, cuando se ejerce la violencia, lo que prevalece es la parte instintiva, las pasiones humanas. Para los filósofos clásicos, las pasiones son las enfermedades del alma. Son la expresión de los deseos y aversiones sin la dirección de la inteligencia.





Platón explica que el alma humana es como un auriga que representa la recta razón o inteligencia. Es ella la que ha de conducir a dos caballos, uno blanco y otro negro. Uno representa la parte apetitiva del ser humano (las necesidades básicas) y el otro la parte irascible (la emotividad o deseo de placer y aversión al dolor). Cuando no es la recta razón (recta porque tiene una finalidad elevada, directa al bien) la que dirige los caballos, estos actúan a su antojo, descontrolados. Esa fuerza descontrolada es la que da lugar a la violencia en sus múltiples caras o expresiones, a nivel individual o colectivo.

Ejemplos de la hidra de la violencia

La cultura occidental en la que estamos manifestados decae debido a la «hambruna» de valores que padece. Sufrir entre espasmos y agoniza, y un síntoma de su enfermedad se refleja en las distintas formas de violencia que la sociedad actual está sufriendo.

Violencia común: afecta a todos. Conlleva el no respeto por las normas en general, desde no respetar el turno en una tienda hasta cuando nos mostramos insensibles al padecer humano, incluyendo los problemas de seguridad ciudadana. En este tipo de violencia colaboramos todos, y nos introduce en un mundo en el que la ciudad se convierte poco a poco en una jungla de cristal.

Violencia en el núcleo familiar: aparte de la violencia entre las parejas que forman una familia (violencia doméstica) y aquella que sufren los hijos por parte de los padres, ha aparecido un nuevo tipo de agresión conocido como síndrome del emperador, en el que son los hijos, desde muy temprana edad, los que realizan el maltrato sobre sus padres.

Violencia en las aulas: tanto directa como indirectamente. Directamente a través del bullying, donde se atenta contra la integridad psíquica y física entre el alumnado, pero que puede darse también entre profesores, entre profesor y alumno y entre otras personas dentro del entorno escolar.



Indirectamente, a través de las estructuras de nuestra sociedad, que provocan una serie de injusticias según el género, capa social, capacidad de adquisición, etc., cuyo resultado es la desigualdad de oportunidades.

Violencia laboral: se trata de una serie de actitudes dentro del lugar de trabajo, tanto por un responsable como por un compañero, en el que se destruye la capacidad laboral, mental y a veces incluso la salud física de un empleado, degradándolo y afectando a su vez a su rendimiento y por ende al del equipo.

Violencia en las calles: con las primeras apariciones de pandilleros, miembros de estratos sociales de escasa capacidad económica en un principio, pero que ha sobrepasado las clases creando efectos como el de «la manada».

Cuando las fuerzas de seguridad ejercen presión de forma desproporcionada intimidando al ciudadano al que supuestamente han de proteger, la brutalidad policial, se está produciendo también violencia en las calles.

Violencia bélica, que puede ser resultado de varias razones, las más comunes, políticas, económicas, religiosas, por expansión de territorio y afán de apoderarse de los recursos naturales de otro país.

Este tipo de violencia afecta a un número muy elevado de personas en las zonas afectadas por el conflicto bélico. En circunstancias extremas, ocasiona el movimiento de gran parte de la población hacia países vecinos buscando la salvación y ocasionando verdaderos éxodos en pleno s. XXI.

Causas del problema y soluciones

Una de las principales causas del problema de la violencia es que no hay una moral individual y social que armonice los diferentes intereses de las personas y colectivos que viven en sociedad sobre la base de unos principios generales universales, como es

no actuar por beneficio personal en perjuicio del bien del prójimo. Si no se da esta moral, siempre habrá un caldo de cultivo que favorezca el enfrentamiento entre unos y otros.

Como posible solución, habría que fomentar el estudio comparativo de religiones, ciencias, filosofías y artes. Ello nos permitiría salir del reduccionismo de creer que nuestra visión del mundo es la única posible. Favorecer el respeto y aprecio de todo lo válido, venga de donde venga. No despreciar lo que es distinto o simplemente que no lo conocemos. La violencia muchas veces surge del rechazo a lo no conocido, a lo diferente. Recordemos la parábola de las grullas que nos relata Platón en las *Leyes*.

De entre las enseñanzas del Buda, como solución al problema que nos ocupa, resaltaremos: «El odio no se vence con el odio, el odio se vence con el amor». Solo el amor permite romper la inacabable cadena de acción y reacción que genera el odio.

Se necesita una educación integral que haga mejores personas, no solo que ocupen un lugar en la sociedad. Una educación que despierte auténticas vocaciones, no solo cubrir ocupaciones. Una educación en valores humanos que se apoyen en sentimientos. El egoísmo entraña violencia. Todo lo que amenaza la comodidad del egoísta se convierte en objeto de ira. Cuando no se ponen los valores humanos en marcha, prima lo instintivo.

El siglo XX ha sido un siglo de «buenas intenciones»: ONU, derechos humanos, etc. Los decretos no son suficientes. Necesitamos conciencia individual, saber amar más allá de lo que nos amamos a nosotros mismos. Los ideales de la Revolución francesa, libertad, igualdad y fraternidad, no llegaron a consolidarse. La fraternidad es el punto débil. La fraternidad como sentimiento es el antídoto a toda forma de violencia.

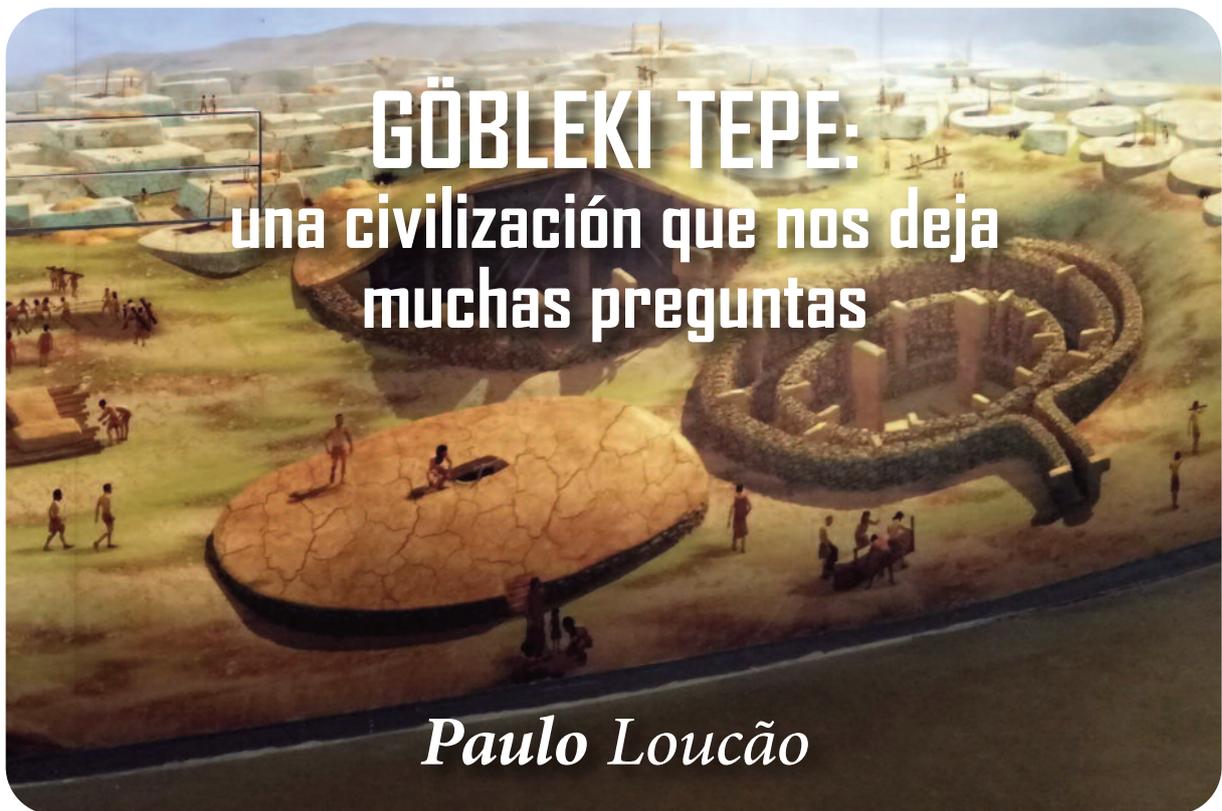


Las sociedades modernas han propiciado una vida en la que la tecnología ha favorecido cierto bienestar, pero se han dejado de lado los aspectos más propios del ser humano. La dignidad ha quedado reducida a disponer de lo básico para subsistir, pero los seres humanos no solo necesitamos estar bien, sino ser conscientes, felices y útiles.

Necesitamos tener grandes metas, no solo laborales o familiares, sino metas de realización interior. Necesitamos desarrollar nuestras capacidades, que la educación se base en una cultura que favorezca la formación humana. Si únicamente nos movemos por parámetros lucrativos o de intercambio económico, no habrá satisfacción verdadera y profunda. Las sociedades modernas se han gestado sobre la base del paradigma del Homo economicus, y hemos conformado unas vidas que no satisfacen las inquietudes profundas del ser humano.

Si queremos erradicar la violencia, necesitamos paz. Pero la paz no es algo fácil de conseguir, la paz es fruto de una conquista interior y exterior. Solo cuando logramos que la mejor parte de nosotros mismos, esos principios de voluntad, amor e inteligencia, sean los que rijan nuestra vida, podemos hablar de auténtica paz. Cuando la paz como armonía reine en el interior de cada ser humano, podremos hablar de paz en el mundo. Si hay salud no hay enfermedad, si hay paz no hay guerra ni violencia. Hay amor, unión, fraternidad y concordia.





«Por cada enigma que resolvemos [en Göbekli Tepe] aparecen nuevos misterios. (...) Hace veinte años todos creían que la civilización estaba impulsada por fuerzas de tipo ecológico. Pienso ahora que estamos tomando conciencia de que la civilización es un producto de la mente humana»¹.

Klaus Schmidt

Director de excavaciones arqueológicas en Göbekli Tepe de 1995 a 2014

Cuando llegamos al campo arqueológico de Göbekli Tepe, es su propio espacio con el lenguaje simbólico de sus colosales piedras en forma de T el que nos desafía a olvidar nuestro modo de pensar basado en la preponderancia de lo externo, para sintonizarnos con sus interrogantes, que son, de alguna manera, también respuestas o indicaciones ante el gran misterio de la vida.

Desde un punto de vista externo, nos encontramos ante un arte y una arquitectura muy evolucionados realizados por cazadores-recolectores desde el Epipaleolítico. Estamos en el X milenio a. C.², es decir, hace unos doce mil años.

En el momento del nivel III de Göbekli Tepe, el más antiguo conocido hasta ahora y el más impresionante por su calidad técnica, aún no existía la agricultura ni la domesticación de animales. Estos cazadores-recolectores dejaron su huella en la eternidad en asombrosos menhires con relieves de gran calidad escultórica en los llamados recintos B, C y D, que se integran en un montículo artificial de quince metros de altura y trescientos

¹ Citado por Charles Mann: <https://www.nationalgeographic.com/magazine/article/gobeki-tepe> (énfasis y traducción nuestra)

² Acerca de la datación de Göbekli Tepe, consulté el sitio web oficial:

<https://tepetelegrams.wordpress.com/2016/06/22/cuanto-viejo-es-cita-gobekli-tepe/>



Recinto C, nótese el alisado del suelo (foto del autor).

de diámetro. Los altorrelieves, ya sea en dos o en tres dimensiones, son impresionantes y representan principalmente serpientes, zorros y jabalíes, pero también pájaros, escorpiones, depredadores y otros animales. Los menhires en T son, en sí mismos, antropomórficos estilizados. No hay un antes y un después directo de esta cultura de las T. Este nivel de arte y arquitectura solo se alcanzaría unos seis mil años después, siguiendo la matriz cronológica actual de la arqueología. Cabe señalar que las T del sitio, por decenas, son monolitos de piedra caliza labrada de varias toneladas, siendo los más altos del recinto D de más de quince toneladas.

En la cima de este cerro artificial, tenemos una vista de 360° de la región. Todo provoca asombro. Verificado por nuestra propia observación prolongada.

Intentemos un enfoque desde el interior.

La teoría de la complejidad postulada por Edgar Morin y aplicada en el estudio de la biología por Stuart Kauffman nos habla de redes, patrones, emergencias, atractores y la divinidad como «creatividad en la naturaleza»³. Niveles superiores de vida significan niveles superiores de complejidad. Existe vida en los átomos y en las moléculas, lo sabemos. Estos átomos y moléculas forman células. La vida celular es mucho más compleja, es una emergencia que surge de una red de átomos y moléculas. La suma de átomos y moléculas no explica la vida de la célula, el todo emergente es mayor que la suma de las partes. Este nuevo surgimiento de vida que es la célula tiene atractores que la organizan, que le dan una matriz, patrones. Los procesos de autoorganización, autopoieticos, están íntimamente ligados a los atractores.

³ Cf Stuart Kauffman, *Reinventar lo sagrado: una nueva visión de la ciencia, la razón y la religión*, Libros básicos, 2010.

Así sucede también cuando se forman nuevas redes de seres humanos que sintonizan con nuevos atractores. Allí se produce el surgimiento de una nueva cultura. Esta cultura luego se materializa en una nueva forma de vida, costumbres, arte, relaciones humanas. Y es en el dominio de lo sagrado y del símbolo donde surgen las raíces de nuevas emergencias.

Jacques Cauvin previó este proceso, y Klaus Schmidt convivió con él durante los diecinueve años en los que dirigió las excavaciones en Göbekli Tepe y se fue interrogando y comunicando con los sorprendentes materiales de sus descubrimientos.

El eminente historiador de las religiones, Mircea Eliade, nos dice:

«Lo sagrado es un elemento en la estructura de la conciencia y no una fase en la historia de esta conciencia. Por imitación de los modelos revelados por los seres sobrenaturales, la vida humana adquiere sentido. La imitación de los modelos suprahumanos constituye una de las características más importantes de la vida religiosa, una característica estructural que es indiferente a la cultura y a la época. Efectivamente, no podría haber sido de otra manera. En los niveles más arcaicos de la cultura, vivir como ser humano es en sí mismo un acto religioso, ya que la alimentación, la vida sexual, el trabajo, tienen un valor sacramental. En otras palabras, ser, o mejor, llegar a ser un hombre, significa ser “religioso”».

Está claro que en Göbekli Tepe tuvieron lugar importantes teofanías internas. Esta nueva vivencia de lo sagrado fomentó nuevas redes de seres humanos, un nuevo tipo de sociedad, que, como consecuencia de nuevas emergencias de esta índole, sintió la necesidad de acelerar un proceso de sedentarismo.

Cabeza felina encontrada en Göbekli Tepe, Museo Arqueológico de Sanliurfa (foto de Valdemar Sousa).



La vivencia de lo sagrado genera un pensamiento simbólico en los seres humanos. El lenguaje objetivo, monosémico, no tiene medios para exteriorizar una experiencia que está más allá del mundo objetivo. Lo sagrado está completamente en «lo otro», en el «mundo numinoso», como aseguraba Rudolf Otto. De esta forma, lo sagrado se expresa a través del pensamiento simbólico polisémico, del pensamiento por imágenes. Vivir lo sagrado, simbolizar, usar la función de la imaginación y formar parte de un imaginario: eso es el ser humano.

Por la vía de lo sagrado surgió una nueva visión del mundo. Estas teofanías tuvieron la necesidad de expresarse en los templos, surgiendo una nueva religión, y como consecuencia surgieron sociedades sedentarias. No fue el cambio climático lo que impulsó la revolución neolítica, desde fuera, sino nuevas experiencias de lo sagrado, desde dentro. Gordon Childe estaba equivocado.

Cuando una idea gana fuerza en la mente humana, su poder de realización es increíble. Ahí está Göbekli Tepe para demostrarlo.

He aquí una de las grandes respuestas de Göbekli Tepe: el verdadero ser humano es invisible y transhistórico.

Watkins ha estudiado minuciosamente los paisajes y procesos de la transición del Paleolítico al Neolítico, a saber, Göbekli Tepe, y ha llegado a la siguiente conclusión:

«(...) al enfocarse en los paisajes en transición, las comunidades epipaleolíticas y neolíticas tempranas del suroeste de Asia no solo transformaron el paisaje de los asentamientos a través de sus cambios en las estrategias de subsistencia y

Uno de los gigantescos pilares centrales (5,5 metros) del recinto D. Obsérvese el brazo estilizado, el zorro y el cinturón (foto de Paula Oliveira).





Esculturas de jabalí encontradas en Göbekli Tepe. Museo Arqueológico de Sanliurfa (foto del autor).

asentamientos, sino que también crearon paisajes simbólicos y constructos culturales que eran totalmente diferentes de sus predecesores paleolíticos ya conocidos⁴».

El ser humano no solo es hijo del medio ambiente, sino que también crea el medio ambiente. Esta creación es una precipitación de la mente.

Klaus Schmidt reitera esta visión de que el surgimiento de una cultura representada simbólicamente permitió, como consecuencia, la creación de redes humanas más pobladas, la creación de la ciudad.

«La evolución de la humanidad moderna implicó un cambio fundamental: de pequeños grupos de cazadores-recolectores a grandes comunidades permanentemente co-residentes.

Siguiendo las ideas de Trevor Watkins, a quien agradezco las largas discusiones y mucha inspiración sobre el tema, observamos que las sugerencias de Jacques Cauvin eran correctas: el factor que permitió la formación de grandes comunidades permanentes fue la capacidad de utilizar la cultura simbólica, una especie de capacidad pre-literaria para producir y “leer” la cultura material simbólica, que permitió a las comunidades formular sus identidades compartidas y su visión del cosmos⁵».

El triángulo de Göbekli Tepe

Gil Haklay y Avi Gopher⁶ detectaron con precisión un triángulo rector en la planta de los tres recintos más importantes de Göbekli Tepe. Anexos B, C y D.

4 Trevor Watkins, «Personas cambiantes, entornos cambiantes: cómo los cazadores-recolectores se convirtieron en comunidades que cambiaron el mundo», en *Paisajes en transición*, edición de Bill Finlayson y Graeme Warren, Oxbow Books, 2010, p. 120.

5 Klaus Schmidt, «Göbekli Tepe: los santuarios de la Edad de Piedra. Nuevos resultados de las excavaciones en curso con especial atención a las esculturas y los altorrelieves». En *Documenta Praehistorica XXXVII* (2010).

6 Gil Haklay y Avi Gopher, «Geometría y planificación arquitectónica en Göbekli Tepe, Turquía», en *Cambridge Archaeological Journal* 30:2, 343–357.



Plano de los tres recintos principales de Göbekli Tepe (B, C y D), que se encuentran en el sustrato más antiguo encontrado hasta ahora, décimo milenio a. C. En su relación tienen un triángulo equilátero como base geométrica. En la base de este triángulo fueron colocadas las T centrales de los recintos B y C. Este triángulo nos revela claramente la existencia de una geometría y una geografía sagradas en Göbekli Tepe. Fuente: Gil Haklay y Avi Gopher, «Geometría y planificación arquitectónica en Göbekli Tepe, Turquía».

Estos son los tres recintos sagrados principales de Göbekli Tepe descubiertos, ubicados en el nivel estratigráfico más antiguo identificado hasta el momento (nivel III). Los recintos y T más recientes son menos monumentales y tienen menos calidad escultórica.

Como en otros recintos de esta cultura de las T, el recinto es elíptico. Se colocaron una serie de T en la pared que lo delimita, y en el espacio central del recinto hay dos T-menhires más altos. En el caso del recinto más grande de este campo arqueológico, el D, estos dos T-menhires se declaran antropomorfos estilizados; podemos ver sus brazos, dedos, cinturón.

Como se ve en la imagen, las T de los recintos B y C están en la misma alineación, en la base del triángulo rectángulo que rige este conjunto triádico.

Hablamos, pues, de arquitectura, planeamiento, narrativa simbólica, taller escultórico de gran calidad, suelo alisado, muros en forma de argamasa, alineación de este conjunto orientada al sur, zona de máxima luminosidad.

El zorro es el animal simbólico más representado, quizás como mensajero de los dioses gemelos. También suele representarse el jabalí, símbolo quizás ligado a la imaginería de caza y de contenido chamánico, y la serpiente de cabeza triangular. Una de las T muestra una serpiente descendiendo y otra ascendiendo, pareciendo simbolizar el encuentro de las energías terrestres con las celestiales.

En el asentamiento neolítico de la región, Nevalı Çori, se encontró la misma representación de la serpiente encima de una calavera.

Ya hemos mencionado que otros animales también están representados, aunque con menor frecuencia.

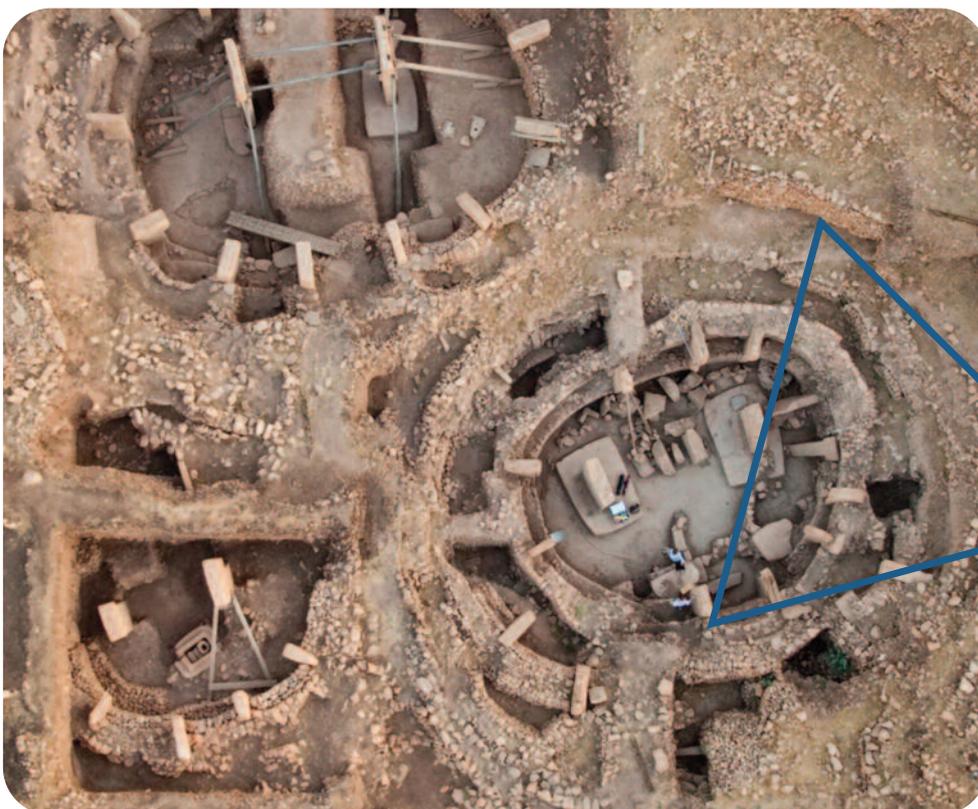
La calidad de los relieves es impresionante. Todo esta obra se realizó sin recurrir a los metales. Las dos T centrales del recinto D ¡tienen más de cinco metros!

No encontramos en esta fase más antigua de Göbekli Tepe representaciones de la diosa madre ni ninguna evidencia de matriarcado. Hay evidencia de un culto a las calaveras, y estas T evocan un simbolismo de conexión tierra-cielo. Muy probablemente, en la mitología de Göbekli Tepe ya existía la idea de los tres mundos, que podría tener raíces chamánicas. Los dioses gemelos, o héroes deificados, evocan el cielo; los animales, es decir, las serpientes, el inframundo (territorio de los ancestros) o mundo intermedio; y la tierra misma, el territorio de los humanos vivos.

En todas las culturas antiguas existía la necesidad de ciertos ritos para que el cosmos viviente se mantuviera estable. Este mantenimiento de un equilibrio invisible y una buena conexión entre los tres mundos era la función de los sacerdotes. Así, se puede ver un orden tripartito en la sociedad de Göbekli Tepe. Los sacerdotes-arquitectos, los artesanos-escultores y los cazadores-recolectores. Aparentemente sin división funcional de sexos.

Para la cosmovisión arcaica y cosmoteísta que llegó al mundo greco-latino, abarcando así muchos milenios, la fuente de vida no estaba en el mundo material (como también intuía Joseph Campbell), por lo que era necesario tender puentes invisibles con los

Vista aérea de los recintos B, C y D. Observemos cómo se basan en un triángulo equilátero (foto: Wikimedia Commons).



mundos sutiles para que la tierra recibiera esta vida de origen celestial. De ahí la necesidad de la función sacerdotal, los ritos, el culto a los dioses.

En este proceso de transición se verifica la aparición de molinillos para hacer harina, pequeñas estatuillas de diosas madres (aunque todo hace pensar que antes de la harina aparecieron formas de cerveza, cerveza que sería utilizada en sus banquetes rituales).

Como parecen atestiguar los recientes descubrimientos, cierta población comenzó a asentarse cerca de los templos, aspecto del que esperamos mayores desarrollos.

Esta cultura de Göbekli Tepe, o cultura de las T, dominó la región circundante, habiéndose identificado ya unos quince sitios arqueológicos.

Se entiende cuán importante y pionera fue esta cultura de cazadores-recolectores, cultura que abrió las puertas al proceso de sedentarización. Parece que ya hay una mitología bien establecida y una geometría y geografía sagradas.

Otro fenómeno muy interesante que se puede detectar en Göbekli Tepe es que después de un tiempo, del orden de siglos, los recintos sagrados fueron cerrados, les pusieron fin. Un ciclo tenía su comienzo, su fundación, y el final de ese ciclo también sería ritualizado. Este rito de «fin» parece haber sido común en el mundo antiguo. Por ejemplo, en Badajoz se encontraron los restos de una importante ceremonia previa a la destrucción y abandono de un templo tartésico⁷.

Lugares alrededor de Göbekli donde los recintos sagrados se han identificado con T, en un radio de unos setenta kilómetros (Fuente: Wikimedia Commons).



⁷ Cf. https://historia.nationalgeographic.com.es/a/tartessos-y-sus-sacrificios-rituales-hallados-restos-animales-templo-badajoz_11668



En el Museo Arqueológico de Sanliurfa hay un conjunto de platos de piedra que han sido perfectamente pulidos (foto del autor).

Karahan Tepe

Otra de estas ciudades sagradas de la cultura de las T fue el lugar ahora llamado Karahan Tepe.

Allí encontramos un gran recinto con las T centrales, así como una «piscina» totalmente excavada en una sola roca. Tiene once T dentro de la «piscina», una cabeza central y el relieve de una serpiente gigante. También encontramos T en recintos prácticamente rectangulares, ya no siguiendo el canon del muro ovalado.

Siendo un campo arqueológico que también es impresionante, se piensa que es incluso más antiguo que Göbekli Tepe, careciendo, sin embargo, de la excelencia escultórica de este último asentamiento.

Las estatuas encontradas en Karahan Tepe parecen evocar imágenes chamánicas. Por otro lado, podemos apreciar algunos platos en el Museo de Sanliurfa con un pulido perfecto. Es urgente realizar arqueología experimental para comprobar cómo fue posible semejante prodigio.

Nevali Çori

Nevali Çori es un asentamiento neolítico algo posterior, que tiene la característica de mantener la misma imaginería de la cultura de las T de Göbekli Tepe.

Se sumergió, teniendo su recinto sagrado, con las T centrales, y se trasladó al maravilloso Museo de Sanliurfa.

En este museo comprobamos la complejidad de esta cultura de las T y su refinada escuela de artesanos. Por ejemplo, enmarcadas desde la fase precerámica, las vasijas necesarias para los rituales y otras funciones fueron talladas en piedra con una perfección impresionante.



El llamado «Hombre de Urfa», encontrado en Balıklıgöl en la región de Göbekli Tepe y Sanliurfa. Esculpida hace unos once mil años, en la época precerámica, se considera la escultura humana naturalista de tamaño natural más antigua del mundo. Museo Arqueológico de Sanliurfa (foto del autor).



Recinto sagrado del poblado neolítico de Nevalı Çori (posterior), trasladado al Museo Arqueológico de Sanliurfa (foto del autor).

Dos mil años después del apogeo de Göbekli Tepe, en el 7500 a. C., en la ciudad de Çatalhöyük, donde vivirían unos cinco mil habitantes, se mantiene la simbología animal, aparece repetidamente la representación de la diosa madre, pero ya no la representación de las T, ni una arquitectura y escultura de la perfección de las deidades de Göbekli Tepe, realizada dos mil años antes. Cabe señalar que, al ser un asentamiento claramente neolítico, la alimentación de la población seguía siendo mayoritariamente proveniente de la caza. La sedentarización fue el reflejo de una necesidad interna de un «centro», y no una consecuencia de cambios externos. Estos sucedieron en el tiempo, como un efecto.

También hay que señalar que las últimas investigaciones e interpretaciones de los arqueólogos en Çatalhöyük no consideran creíble la existencia del matriarcado en esta ciudad neolítica. Las estatuillas de la diosa madre representan solo una quinta parte del material simbólico recolectado. Quedan muchas piezas de arte simbólico con representaciones de animales, claramente la mayoría. Y la evidencia apunta a una relación igualitaria entre hombres y mujeres.

La conclusión de Fernand Schwarz sobre Göbekli Tepe sigue siendo completamente objetiva: «El lugar de Göbekli Tepe atestigua claramente que la humanidad tuvo, en tiempos preagrícolas, medios suficientes para erigir o establecer un lugar de culto, imponiendo ideas que contradicen la hipótesis de que la agricultura precedió a toda construcción importante. El arqueólogo de la Universidad de Stanford Iann Hodder recuerda: “Esto demuestra que los intercambios socioculturales surgen en primer lugar y la agricultura, más tarde”»⁸.

⁸ Fernand Schwarz, «Göbekli Tepe, la cuna de los dioses», 2016:
<https://www.hermesinstitut.org/gobekli-tepe-la-cuna-de-los-dioses/>



www.revistaesfinge.com